

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LV - Núms. 819-820
Septiembre-Octubre 1999

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es

Imprime: Filotec, S.L.
Depósito Legal: B-15860-58



In memoriam: María Asunción López
Suñé. Celadora del Apostolado de la
Oración

Francisco Canals Vidal

IN MEMORIAM

Semana Santa

¡Corazón de Jesús, corazón
de Marat!

6 de agosto de 1806

Expedición francesa a Roma. Fines
aparentes y reales

Siempre es María la que conduce al
Corazón de Jesús

El Getsemaní de la Virgen

«El noble señor Ramón Nonnato
Orlandis Despuig»

Actitudes calvinistas en el siglo XVI
y XVII. Cómo hicieron protestante
a Inglaterra

Monumento al Cerro de los Ángeles

¡Viva España, madre de América!

Schola Cordis Iesu, hoy

Mª Asunción López: una vida
y un librito

Gerardo Manresa Presas

«¿Sabes desde cuándo nos aman
los Corazones de Jesús y de
María?»

Timor, martirio a las puertas del
Jubileo

Jorge Soley Climent

Actualidad religiosa

Actualidad política

Hace 50 años

IN MEMORIAM: MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ SUÑÉ

Celadora del Apostolado de la Oración

Había nacido el día 26 de diciembre de 1899. Se acercaba ya a su centenario, pero Dios dispuso de su vida el pasado 12 de agosto. Fue consolador para sus amigos, que conocíamos su ferviente devoción a María y el gozo que tenía por su nombre, que su entierro tuviese lugar en el día de san Maximiliano Kolbe y en la vigilia de la solemnidad de la Asunción de María a los cielos. Había escrito por última vez en las páginas de esta revista en 1984, en ocasión de cumplirse cuarenta años de su aparición, y venía escribiendo desde su primer número en abril de 1944.

Para muchos lectores será un descubrimiento advertir, en la relación de sus trabajos, la multiplicidad de su horizonte intelectual, a la vez que la insistencia y perseverancia en las líneas fundamentales del ideal que inspiró a *Cristiandad* el Padre Ramón Orlandis Despuig, director del Apostolado de la Oración y fundador en él de Schola Cordis Iesu.

La selección que se presenta en este número de algunos de estos trabajos, y del contenido de su libro, ferviente e iluminador, «¿Sabes desde cuándo nos aman los Corazones de Jesús y de María?», podrá darla a conocer de alguna manera a quienes no tuvieran noticia de ella.

Pero este conjunto de trabajos escritos no es sino una parte de su tarea en el centro del Apostolado de la Oración de la Iglesia de la Compañía de Jesús del Sagrado Corazón de Barcelona, en el Secretariado diocesano de dicho Apostolado, en Schola Cordis Iesu, y en el múltiple trabajo por el que a lo largo de los años ayudó a muchos de nosotros.

María Asunción López Suñé podría ser caracterizada como una **Celadora del Apostolado de la Oración**. En las publicaciones de aquel Centro y de aquel Secretariado se dará testimonio de su actividad perseverante y silenciosa, en muchísimos casos anónima.

Cumplió fielmente en sus obras tres insistentes consignas que el Padre Ramón Orlandis solía expresar con énfasis repitiendo seis veces la misma palabra: *aquí, aquí, aquí, aquí, aquí, aquí; colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad, colaborad; piedad, piedad, piedad, piedad, piedad, piedad*.

Había estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras en su sección de Historia, por consejo del Padre Orlandis, cuando sólo cuatro mujeres eran estudiantes universitarias en Barcelona. Sus lecturas históricas eran vastísimas.

De padre aragonés y de madre catalana, fue la primera de tres hermanos, de los que uno murió en su infancia y otro siendo jesuita, cursando la Filosofía en el Colegio Máximo de Sarriá.

Trabajó muchos años en una oficina de patentes y marcas, empleo que dejó abnegadamente por consejo del Padre Orlandis para dedicar plenamente su vida al apostolado del Corazón de Jesús. En esto y en muchas otras cosas se parecía al hijo que en la parábola evangélica (Mat. 21,29) fue a trabajar a la viña cumpliendo la exhortación paterna.

Porque en ella se daba el hecho extraño de que lamentaba a veces aquella renuncia, y sentía nostalgia de aquel ejercicio profesional; pero no dejaba de reconocer que el Sagrado Corazón de Jesús había velado providencialmente sobre ella, pues, habiendo pasado por épocas dificultosas en su vida terminó, por la oportuna realización de algún bien inmueble, con suficiencia económica para los años de su ancianidad.

La misma soledad de su vida doméstica, después de la muerte de su madre, y su libertad en el ámbito profesional, hicieron que su verdadera familia viniese a ser el grupo de señoras entregadas a las tareas del Apostolado de la Oración y de su Secretariado diocesano, los de Schola Cordis Iesu, los redactores de *Cristiandad* y sus familias.

Al institucionalizarse en 1960 Schola Cordis Iesu, según unos Estatutos que en 1957 había redactado Pedro Basil y habían sido aprobados por la dirección general del Apostolado de la Oración, el Padre Francisco Segura, su director, nombró a María Asunción Secretaria de su junta.

Fue la primera mujer explícitamente incorporada a una entidad que había sido compuesta siempre por varones, aunque ninguna disposición de aquellos estatutos lo precisaba así, y siempre algunas mujeres habían colaborado en sus actividades y en la redacción de *Cristiandad*. Sería el punto de partida de la inscripción posterior de muchas mujeres, algunas de ellas esposas de los socios de Schola y más adelante hijas de los mismos.

Quien cumplía las funciones administrativas en el Apostolado de la Oración (sección de caballeros), pasó a ser funcionario municipal; entonces María Asunción asumió aquellas modestas tareas y «vivió» en *Schola*, en Lauria 15, 3º y después en Lauria 19, 2º. No desempeñó su tarea burocráticamente. Conocía y entablaba amistad con los celadores y socios del Apostolado en su sección de hombres, y fue durante muchos años como el enlace entre ellos y la sección de señoras y con el

Secretariado diocesano. Promovía y animaba la asistencia a los cultos en la Iglesia del Sagrado Corazón, y se hace inolvidable su presencia durante muchas horas en los días del Sagrado Corazón y de Cristo Rey, así como su interés por los primeros viernes, y por el mes y la novena del Sagrado Corazón.

Con su permanencia *local*, cumplimiento ejemplar y singularísimo de la consigna orlandiana: **aquí**, se relacionaba íntimamente su espíritu de **colaboración**, en el que sus mismas circunstancias personales le pudieron dar un lugar verdaderamente único.

Comencé a experimentar y a ser beneficiario de este espíritu de colaboración desinteresada, al que se unía una laboriosidad literalmente incansable, a partir del año 1956, cuando, muy bien aconsejado por uno de los antiguos de Schola, tuve que pedir su ayuda como amañense para la redacción de un trabajo urgente.

Desde entonces colaboró con muchos otros, con todos los que le pidieron ayuda, y pasaron por su máquina de escribir tesis de licenciatura y doctorado, trabajos, memorias y programas para oposiciones de plazas de Instituto o de Universidad, ponencias o comunicaciones para congresos.

Recuerdo con emoción y gratitud el trabajo arduo con que ayudó al Padre Roig Gironella, S.I., entonces director de Balmesiana, para la convocatoria del Congreso de 1976 «Teoría y praxis» en el que se preparaba la fundación de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino.

Estas colaboraciones, que en algunos casos tuvieron carácter de urgentes y de insustituibles, ayudaron mucho a que las tareas filosóficas originadas a partir del magisterio del Padre Orlandis viniesen a ser vistas internacionalmente como las de la «escuela tomista de Barcelona», que con la revista *Cristiandad* fue una de las fructificaciones culturales más visibles de una formación dada en Schola Cordis Iesu y con el propósito de servir al Reino de Cristo en el orden del pensamiento.

Pero el espíritu de colaboración de María Asunción López, que se ejerció durante muchos años en la redacción de esta revista, se había ejercido también con algunos jesuitas, directores del Apostolado de la Oración y fervientes apóstoles del Reinado del Corazón de Cristo.

Esto hizo posible que se realizase, de modo singularísimo por el trabajo de María Asunción López, el anuncio hecho por el Padre Orlandis en una conferencia dada en octubre de 1942:

«En la comunión por la organización del Apostolado de la Oración está la garantía (os lo aseguro) de la continuidad de Schola».

En este sentido es de justicia reconocer que la fidelidad y perseverancia en su trabajo resultó ser providencialmente *conditio sine qua non* de la fructifi-

Relación de artículos publicados en «Cristiandad» por María Asunción López Suñé

- Semana Santa: Día de Ramos y Viernes Santo* (núm. 1, 1-IV-1944).
- ¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!* (núm. 6, 15-VI-1944).
- Santa Teresita y sus «vocaciones»* (núm. 13, 1-X-1944).
- La caída de Hungría en el siglo XVI* (núm. 22, 15-II-1945).
- 6 de agosto de 1806 (el fin del Sacro Imperio Romano)* (núm. 27, 1-V-1945).
- O'Connell. El catolicismo en Irlanda* (núm. 36-37, 1-X-1945).
- Cristo Rey* (núm. 38, 15-X-1945).
- Expedición francesa a Roma. Fines aparentes y reales* (núm. 60, 15-IX-1946).
- Italia, capital Roma* (núm. 73, 1-IV-1947).
- La rosa deshojada* (núm. 88, 15-XI-1947).
- El sueño de una doncella cristiana (la madre de Santa Teresita del Niño Jesús)* (núm. 92, 15-I-1948).
- Regina Pacis* (núm. 113, 1-XII-1948).
- Heroísmo de las madres cristianas* (núm. 115, 1-I-1949).
- Santa Juana de Arco* (núm. 140, 15-I-1950).
- La conquista del Santo Sepulcro* (núm. 144, 15-III-1950).
- La Segunda Cruzada* (núm. 144, 15-III-1950).
- Un santo y un héroe (San Juan de Capistrano y Juan Hunyade)* (núm. 145, 1-IV-1950).
- Sólo una cruz puede hacer cruzados* (núm. 150, 15-VI-1950).
- Cluny y Cister* (núm. 155-156, 1 y 15-IX-1950).
- Formación de la familia cristiana (historia de Cecilia y Valerio)* (núm. 164, 15-I-1951).
- A propósito de la reposición de la película «Las Cruzadas»* (núm. 173, 1-VI-1951).
- ¡Siempre es María la medianera de todas las gracias! ¡Siempre es María la que conduce al Corazón de Jesús!* (núm. 188, 15-I-1952).
- La cruzada de Federico Barbaroja* (núm. 205, 1-X-1952).
- «Si Jesús volviera...»* (núm. 215, 1-III-1953).
- La caída de Constantinopla* (núm. 225-226, 154-VIII-1953).
- Lo que encuentra un peregrino en Santiago el día que llega* (núm. 247-248, 1 y 15-VII-1954).
- Los soldados que ahora montan guardia en Indochina* (núm. 252, 15-IX-1954).
- Inocencio XI* (núm. 294, 15-VI-1956).
- La Liturgia y la Cruzada* (núm. 310, 1 y 15-II-1957).
- El Getsemaní de la Virgen* (núm. 314, 1 y 15-IV-1957).
- Hungría en la cruz de Cristo* (núm. 315, 1-V-1957).
- El Convenio de Vergara* (núm. 319-320, 1 y 15-VI-1957).
- El Turco cristianísimo de Versalles* (núm. 323-324, 1 y 15-IX-1957).
- Santa Teresita, las misiones y su «misión mundial»* (núm. 325-326, 1 y 15-X-1957).
- La Inmaculada y los Reyes de Aragón* (núm. 329-330, 1 y 15-XII-1957).
- «El noble señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig»* (núm. 331, IX-1958).
- El Pueblo y el tiempo de Isaías* (núm. 334, XII-1958).
- Sant Jordi i l'esperit cavalleresc de Catalunya* (núm. 338, IV-1959).
- Provenza y Cataluña* (núm. 343, IX-1959).
- Clima religioso del siglo IV* (núm. 346, XII-1959).
- Del «Estudi General» de Barcelona a la universidad de Cervera* (núm. 362, IV-1961).
- El santo del Concilio Vaticano I (San Antonio María Claret)* (núm. 379, IX-1962).
- Teresa de León - Teresa de Ávila - Teresa de Lisieux* (núm. 380, X-1962).
- San José en el canon de la Misa* (núm. 382, XII-1962).
- El apostolado de la unidad* (núm. 386, V-1963).
- Algunos datos sobre la fiesta y dogma de la Asunción* (núm. 389-390, VII, VIII-1963).
- La cristiandad a escala mundial* (núm. 398, IV-1964).
- Actitudes calvinistas en el siglo XVI y XVII: cómo hicieron protestante a Inglaterra* (núm. 414-415, VIII, IX-1965).
- Tradición cristiana conservada en el anglicanismo* (núm. 422, IV-1966).
- Monumento del Cerro de los Ángeles* (núm. 458, IV-1969).
- En el año 1970 (Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús declaradas Doctoras de la Iglesia)* (núm. 477, XI-1970).
- Santa Teresa de Lisieux y el Apostolado de la Oración* (núm. 508-509, VI, VII-1973).
- Dos frailes mendicantes (San Buenaventura y Santo Tomás)* (núm. 522-523, VIII, IX-1974).
- ¡Viva España, Madre de América!* (núm. 552-553, II, III-1977).
- «Semper fidelis» (la nación polaca)* (núm. 580-582, VII, IX-1979).
- Schola Cordis Iesu, hoy* (núm. 588-589, II, IV-1980).
- El santo propósito* (núm. 590-591, V, VI-1980).
- Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa del Niño Jesús* (núm. 610-611, I, II-1982).
- Hace cuarenta años* (núm. 639-642, VI, IX-1984).

SEMANA SANTA *

I

DIA DE RAMOS

«Las piedras hablarían...»

¡10 de Nisán y vísperas de Pascua en Jerusalén! La ciudad santa y la fiesta que reúne la raza dispersa para adorar a Jehová en su único Templo.

Judíos y prosélitos vienen de Egipto, de Cirene, de Libia, del Ponto, de Capadocia, de Macedonia; vienen los que viven en Roma... Grupos reducidos salen de cada uno de los pueblos de Galilea, se unen a los otros por los caminos, y formando caravanas, fluyen a la ciudad. Los que tienen parientes y amigos se alojan con ellos, los demás arman sus tiendas en el campo. La ciudad se ensancha con el pintoresco enjambre de millones de peregrinos que acampan en sus alrededores y por las laderas de los caminos, escogiendo y disputándose los mejores emplazamientos. Se encuentran conocidos de Pascuas anteriores, cambian impresiones; los de tierras lejanas, ávidos de noticias, escuchan los relatos de los judíos y galileos establecidos en el país.

Reviven las esperanzas del Reino mesiánico. A la noticia de la muerte del Bautista, muchos que no habían hecho caso de sus invitaciones a la penitencia, se indignan de que un reyezuelo extranjero haya dado su cabeza como premio a una danza impúdica. En sus comentarios salpicados de odio se mezcla el orgullo de raza con la esperanza del Rey Mesías que los libertará de la dominación extranjera. Toda la atención la llenan los preparativos para la fiesta religiosa. En todas partes hay bullicio y animación.

* * *

Un rumor más elevado que el de los habituales ruidos de la multitud acampada se percibe algo lejano; va creciendo, cesan las conversaciones, los peregrinos salen de las tiendas, escuchan, miran. Por Betfagé, montando en un pollino, rodeado de sus apóstoles, viene Jesús.

Le aclaman porque ha resucitado a Lázaro, hermano de Marta y María, que viven allí cerca, en Betania. Los que han sido testigos del suceso, lo cuentan con todos

los detalles; la noticia corre con rapidez. Todos recuerdan al Rabí de Galilea que, hace tres años, arrojó a los mercaderes del Templo sin que nadie osara impedirselo; que, hace dos años, curó a un paralítico y anonadó con su sabiduría a los escribas y fariseos que le reprochaban haberlo hecho en sábado.

Ahora manifestaba que podía vencer a la muerte. Había multitud de testigos que lo afirmaban. Esto, sólo el Mesías podía hacerlo.

Los comentarios se hacen más vivos, se afirman en la convicción de que es el Rey libertador, el «que ha de venir», el Rey Ungido, que arrojará a los romanos y levantará a Israel, hollado, pero no vencido; adornecido, pero no muerto, y le dará el dominio del mundo.

El entusiasmo prende y se contagia rápidamente; tienden sus mantos por el camino por donde ha de pasar, cortan ramos de olivo y estalla en miles de voces el grito que encierra toda la esperanza y la razón de ser de aquel pueblo: *¡Hosanna al Hijo de David, Bendito el Rey que viene en nombre del Señor, Bendito el Reino que llega de nuestro padre David!*

Jesús no se oculta como otras veces, no impone silencio a los que le aclaman. Se animarían los apóstoles, el juicioso Pedro pensaría que el Maestro se habla equivocado en sus tristes presagios, Tomás creería que eran excesivos sus temores, esperaría Judas el próximo cumplimiento de sus ambiciones; pero Juan, mirando al Maestro, ve que llora, a la vista de la ciudad amada, aún lejana, y del Templo que resplandece al sol como una montaña de nieve y oro. Entre el estrepitoso entusiasmo de la multitud, Jesús dice: «¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Si conocieras, siquiera en este día, lo que te daría la paz! Mas ¡ay!, que esto está oculto a tus ojos. Días vendrán sobre ti en que te cercarán tus enemigos, te sitiarán y te estrecharán por todas partes, y te asolarán, y no quedará en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita».

Los apóstoles se mirarían desconcertados al oír tan terrible anatema, precisamente en aquellos momentos en que la multitud corta los ramos de palmas y los agita triunfales, acompañando a sus vítores. Quieren interrogar al Maestro, pero la manifestación crece, les empuja, les arrastra, y el pueblo, vibrante de fe en el destino glorioso que anima a su raza, aclama a Jesús como Mesías, *Cristo Rey de Israel y del mundo*.

Así llegan a la ciudad. Dominan las voces agudas de los niños en continuados Hosannas. Todos se asoman a las terrazas y preguntan: «¿Qué es esto? ¿Quién es

* Artículo publicado en el número 1 de CRISTIANDAD (1 de abril de 1944).

el triunfador?» Y contestan: «Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea». Muchos ya le conocen, han presenciado sus milagros y controversias, saben que es objeto de mil conciliábulos secretos en el Sanhedrín y aun se susurra que el más alto tribunal de Israel ha decretado su muerte.

A pesar de ello, una fuerza secreta les impele, y se suman a la manifestación que se dirige al Templo. Allí están, pálidos de ira, los príncipes y los sacerdotes, viendo que sus órdenes son violadas y sus cuidados inútiles; y comentan entre sí, con rabia mal comprimida: «¡No hemos conseguido nada; ved que todo el mundo va tras Él!». Y al oír allí mismo los hosannas que proclaman su realeza, su rabia impotente rompe toda prudencia y se dirigen *al mismo Jesús*, diciéndole: «¿No oyes lo que dicen éstos?». Jesús, mirando a los niños, que, como siempre, están en primera fila, y apoyándose en la Escritura, responde: «De la boca de los niños sale la verdad».

No quieren darse por vencidos. Furiosos, se revuelven contra la realidad de aquel triunfo que los aplasta y que han de contemplar impotentes. Están desorientados. Si Jesús, aun esquivándose siempre que algún acontecimiento o prodigio de los suyos suscitaba manifestaciones que podían darle algún poder efectivo, de tal manera los anulaba, ¿qué sería de ellos ahora, en que aceptaba aquellas aclamaciones espontáneas que le proclamaban Mesías, Rey de Israel, Hijo de David? No saben lo que hacen. En su ceguera, se dirigen al mismo Jesús pidiéndole una especie de milagro: el de acallar a una multitud desbordada. Y con una mezcla de desesperación e insolencia, le dicen: «¡Hazles callar!».

Jesús, con la serena majestad del que se sabe omnipotente, contesta: «*Os digo que si estos callaren, hablarían las piedras*».

II

VIERNES SANTO

«Las piedras hablaron...»

¡15 de Nisán! Callaron los hosannas. Las altas jerarquías de Israel, en el intervalo de pocos días, azuzando a la plebe más abyecta y asegurándole la impunidad con su protección, habían conseguido la sentencia de muerte contra Jesús, aterrorizado a sus discípulos y paralizado a los simpatizantes. Clavado en la cruz, vencido, agonizante, es objeto de sus sarcasmos el que había sido su obsesión durante tres años.

«*A otros ha salvado y a sí no puede salvarse*», dicen con ironía. «*Si es Rey de Israel, si es Hijo de Dios, baje de la cruz y creeremos en Él*». No hablan

muy alto; es como si lo dijeran entre sí, pero saben que el pueblo escucha y quieren provocar su desdén después de haber explotado su odio. La chusma quiere congratarse con los vencedores. Los más cínicos y los más aduladores se encaran con Jesús y lo dicen: «*Tú, que destruyes el Templo y en tres días lo reedificas, ¡sálvate a ti mismo! Si eres Hijo de Dios, si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo*». A todo pueden atreverse. No hay que temer al que ha sido condenado por todos los poderes y en quien se han agotado todas las crueldades y todas las injusticias.

Los príncipes y los sacerdotes comprueban que las cosas han tomado para ellos mejor cariz, que morirá pronto y todo acabará satisfactoriamente. Va a establecerse la tranquilidad que había alterado aquel profeta de Galilea que, sin estudios, sin buscar su favor y aquiescencia, predicaba doctrinas que alteraban la meticulosidad de sus costumbres, descubría ante el pueblo la inmundicia de sus corazones y, con sus prodigios, provocaba manifestaciones que resumían en Él las esperanzas de liberación del pueblo, que le aclamaba como Cristo Rey, Hijo de David, comprometiéndoles ante los romanos.

Por fin le han vencido y ya no sucederá nada de esto. Caifás recibe parabienes y se felicita por su acierto al haber dicho que era preciso que muriera un hombre para que se salvara la nación. «Todo acabará con su muerte, que extinguirá su memoria, y nadie se atreverá ya a desobedecernos. ¡Nada en el mundo se nos opondrá!».

Pero el sol se oscurece, de pronto, de un modo completamente insólito. A todos sobrecoge la turbación. Los más cínicos son los más miedosos y los que huyen primero. Los más significados disimulan el temor con una actitud digna, pero creen que deben retirarse. Queda sólo la gran multitud, cuyo principal delito ha sido la pasividad. Se aproximan a la cruz y contemplan al que días antes han aclamado Rey, llevados del entusiasmo, pero al que, faltos de convicción, no han defendido. Han visto sus milagros, oído sus parábolas y admirado su sabiduría, pero no le han comprendido. No han comprendido que, para llegar a la liberación y al reino, son precisas la expiación y la penitencia, que ya predicaba el Bautista. Los príncipes y fariseos conocen esta ideología, que es también la suya; y para desvirtuar el poder del que había arrastrado al pueblo, con hábiles maniobras le han convertido en un rey de burlas que muere ajusticiado, mientras la multitud que cinco días antes le aclamara, calla, muda de estupor.

La profecía de Jesús se cumple: *hablan las piedras*, y su lenguaje resuena dentro del corazón del Centurión, obligándole a decir: «¡Verdaderamente, este Hombre era el Hijo de Dios!».

Terra mota est, et petrae scissae sunt.

«La tierra tembló y las piedras se agrietaron.»

¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!*

«Y vi una mujer sentada sobre una bestia roja, llena de nombres de blasfemia» (Apocalipsis, XII, 3).

Marat está en el apogeo de su gloria. Vio desde el primer momento cuán lejos iría la Revolución y se ha colocado a su vanguardia. Las enfermedades se ceban en su cuerpo, pero mantiene viva la llama de su odio caldeado por el espíritu de la Revolución. Quiere derribar todo lo noble, lo grande y lo bello que ha producido la civilización europea. Sus palabras, restallantes como latigazos, arrinconan todos los convencionalismos. Encarna el espíritu genuino de la Revolución y tiene conciencia de su fuerza. Con lógica aplastante, acorrala a los que, con más o menos buena fe, pretenden que la Revolución sea un movimiento noble y la reivindicación del pueblo oprimido, que se ampara en un ideal de justicia.

Sabe que esta Revolución no puede estar representada por un Mirabeau, que desvirtúa su verdadero sentido, imposibilitando su fin. Le necesita a él, a un Marat identificado con la fuerza motriz que la impulsa y la hace efectiva por el único medio práctico: las pasiones desbordadas, que dan vía libre a la bestialidad del hombre y son el pretexto para implantar el régimen despótico, que impondrá la nueva estructura social.

Él no tiene que esforzarse; le basta seguir su instinto. Desde la tribuna y desde su periódico *L'Ami du Peuple* sugiere a las masas y les comunica el odio sanguinario de que rebosa su alma. Las lleva a una excitación tan extremada, que demuestran una salvaje alegría en las ejecuciones y gustan de embriagarse en su locura homicida, como gustan las fieras de la carne cruda.

Esta locura va cada vez en aumento. Pide tener a su disposición trescientos jóvenes, para decirles: «Mata a éste o al otro». Primero, sólo quería sacrificar 500 personas; luego, 5.000; después, 260.000; ahora, 500.000, y cuando tenga éstas, pedirá millones. Ya se habla de una guillotina gigantesca que corta treinta cabezas a la vez.

Presenta todos los síntomas de la demencia, pero el pueblo le adora, le cree como a un oráculo y le hace árbitro de sus destinos. Este es su escabel para erigirse en dictador y colmar la suprema ambición de su soberbia.

Ya ha dividido a la sociedad en dos partes: una, que sigue su locura sanguinaria y proclama la legitimidad del asesinato, la mutilación y la antropofagia; y otra, aturrida por el terror, que presta su pasiva colaboración a los más bárbaros desmanes. Atreverse a formular la más mínima protesta, expone a la calificación de aristócrata, y esto equivale a ser llevado a la guillotina.

* * *

Así están las cosas en julio de 1793, cuando en una silla de posta llega a París Carlota Corday, decidida a matar a Marat. No se trata de una improvisación. No han sido sólo los discursos que los girondinos fugitivos han pronunciado en Caen los que la impulsan. Está convencida de que nadie tiene la vida segura mientras viva Marat, cuyo solo nombre expresa ya todos los crímenes. Por lo tanto, ha meditado su propósito. Encuentra fuerzas en el sentimiento de abnegación patriótica. Su fina mano de mujer abatirá al ídolo sanguinario, que pide cada vez más sacrificios humanos. Con toda serenidad previene las consecuencias personales de su acto. Sabe que le espera la guillotina, si antes no es despedazada por el pueblo. No le arredra el pánico colectivo que inspira Marat a sus contrarios, ni la venganza de sus secuaces.

Compra un puñal y lo esconde bajo su pañuelo. Como Marat está enfermo (además de las enfermedades producidas por su vida liviana, le ha acometido un hormigueo herpético que le obliga a permanecer continuamente en el baño), se vale del subterfugio de unas cartas para ser recibida por él. Tiene que vencer la instintiva repugnancia que le causa verlo en una bañera, con el pecho y los brazos desnudos y el cuerpo cubierto con un trapo sucio.

Se entabla el diálogo. Marat pide noticias y nombres de los girondinos de Caen; se ve que no espera más que delaciones. Carlota se explica. Marat le declara que todos aquellos a quienes ha nombrado serán guillotinos en París, antes de quince días. Esto decide a Carlota. Clava su puñal en aquel cuerpo asqueroso y medio podrido, y así muere el hombre que había hecho del asesinato el sistema de su gobierno y la base de su política.

*Artículo publicado en el primer número monográfico dedicado al Sagrado Corazón (15 de junio de 1944).

* * *

La noticia de su muerte corre rápidamente por París. Los más allegados ven aún el cadáver en la bañera y oyen el interrogatorio que allí mismo se hace a Carlota, que declara desde el primer momento que ha venido expresamente de Caen para matarle. Él pueblo abarrotaba las calles. Pasean el cadáver, durante seis horas, por París. Sus prendas personales se conservan como reliquias. En la plaza del Carrousel se levanta una pirámide con su bañera, su lámpara y su tintero, y se ponen guardias de día y de noche para custodiarla.

A su muerte inesperada, se desatan en la chusma todos los aspectos de la locura. El entierro es una escena viva de demencia fantástica. Los hombres gimen y vociferan y le dirigen palabras tiernas, como si aún pudiera oírles. Las furias de la guillotina braman y lloran. Las doncellas esparcen flores sobre el cadáver. Los oradores agotan todos los tópicos sentimentales y morbosos de la demagogia revolucionaria. Vibra el sedimento religioso, que es absorbido inmediatamente por el espíritu de la Revolución. Deifican a Marat. Adoran sus heridas y su corazón, que exponen al culto en una de las más bellas urnas del tesoro de la Corona. Visitan su tumba en romería. Como ya hace tiempo que las estridencias revolucionarias han substituido a la costumbre de rezar, rugen, más bien que invocan: «¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!» «Santísimo Corazón de Jesús, santísimo corazón de Marat!». Se hacen impresos con estas oraciones. La solemne oración fúnebre resume este sentir: pide el mismo culto para el corazón de Marat que para el Corazón de Jesús, y ya reclama preferencia, alegando que «Jesús era un profeta; Marat, un dios!».

La antítesis de estas doctrinas, en las que podrían señalarse mil contrastes más, hace pensar, a primera vista, que el poner en pie de igualdad el Corazón de Jesús con el corazón de Marat, es tan sólo una repugnante blasfemia. Así es, en efecto, y la más impía de las blasfemias, pero que encierra un plan de aplicación práctica que tiene como fin, no juntar por aberración inconsciente estos dos cultos, sino substituir el uno por el otro; el espíritu del Corazón de Jesús, por el espíritu de la Revolución, simbolizado por el corazón de Marat.

La Revolución de 1789 tiene un carácter distinto de las revoluciones anteriores, aunque ha dado la directriz para todas las que la han seguido. Declara la guerra, y es el primer grito de reto lanzado por el infierno contra la promesa del Corazón de Jesús, de reinar en el mundo por amor.

Las revoluciones anteriores sacudían las instituciones sociales y provocaban cambios de gobiernos y dinastías, pero respetaban los principios inmovibles en

que descansaba la sociedad. Ésta, toma como pretexto abusos ciertos y evidentes, pero dirige sus golpes — unas veces directos y otras solapados— a socavar la base divina que apoyaba, hacía dieciocho siglos, a las sociedades cristianas, que reconocían y usaban el poder como dimanante del mismo Dios.

Dios promete que reinará de un modo más eficaz por medio de su Corazón y esta Revolución responde señalando, como fin primero y principal, el derrocar este reconocimiento de los derechos divinos, poniendo en su lugar los derechos del hombre que proscriben la autoridad de Dios, dejándola al margen del poder social, que no reconoce más sanción que la del hombre mismo.

Marat captó en su verdadero sentido y en toda su amplitud este espíritu de la Revolución; la fracción numerosísima del pueblo que le seguía era el brazo ejecutor de este espíritu, y completándose y apoyándose mutuamente, iban rectilíneos al fin propuesto, saltando todas las barreras sin considerar un obstáculo el valerse de la mentira, la calumnia y el crimen.

Marat, personalmente, no tenía ningún atractivo. Era un ser absurdo, medio loco, repugnante; su cuerpo era deforme; su suciedad, notable; su grosería, extremada; su voz, chillona; su talento, mediano. La manía de la destrucción y el homicidio le dominaba. Sus correligionarios no vacilan en manifestar la repugnancia que les inspira, y le llaman orangután, loco, canalla, monstruo que afrenta a la Humanidad.

Por lo tanto, el secreto de su triunfo no está en sus cualidades personales, sino EN QUE SABIA LO QUE QUERIA.

Esta clarividencia sobre el fin propuesto le daba el dominio de la situación, y mientras los demás divagaban, pretendiendo dar formas legales a la estructura de la nueva sociedad que se forjaba al margen de Dios, sus réplicas certeras, sus planes atrevidos, sus proposiciones contundentes mostraban las cuestiones en toda su crudeza y exigían la rápida y descarnada aplicación del código revolucionario; imponía su criterio y lograba que las resoluciones derivaran siempre a favor de sus ideas.

Por otra parte, el pueblo aceptaba indiscutiblemente todas sus audacias y le prestaba toda su fuerza, tanto más arrolladora cuanto más ciega. Cuando las Asambleas o la Convención se le oponían por sus desvaríos, era el pueblo, con sus gritos, el que imponía su voluntad; si le procesaban, le arrancaba de las manos de los jueces y le paseaba triunfante, y cuanto más adelante iba en su camino, más le amaba y más se sentía amado por él.

Por eso, el día de su muerte se sintió huérfano y mostró su duelo con aullidos de dolor. Adoró su corazón porque en él se sentían, más que en ningún otro, los

latidos que indicaban la vida de la Revolución. Elevándole a lo más alto, le equiparó al Corazón de Jesús, pero ya aceptó y aplaudió la voz sacrílega que le erigía como dios, mientras dejaba a Jesús en segundo término, como profeta, dispuesto a relegarlo al olvido.

* * *

Parece una pesadilla, pero si estas manifestaciones blasfemas, morbosas y repugnantes no llegan habitualmente a nuestros oídos, no puede decirse que no estén entre nosotros, pues la Revolución mantiene en pie todos sus principios y sigue viva y palpitando, del mismo modo que palpitaba en el corazón de Marat. Se acomoda a las circunstancias, pero no cede. Sus concesiones, su tolerancia y su indiferencia en cuestiones religiosas, no son más que retiradas estratégicas a posiciones seguras para atacar mejor, y acechar el momento oportuno para lanzarse eficazmente, tomando forma, o en el fantasma terrorífico y sangriento, aunque ya no lejana,

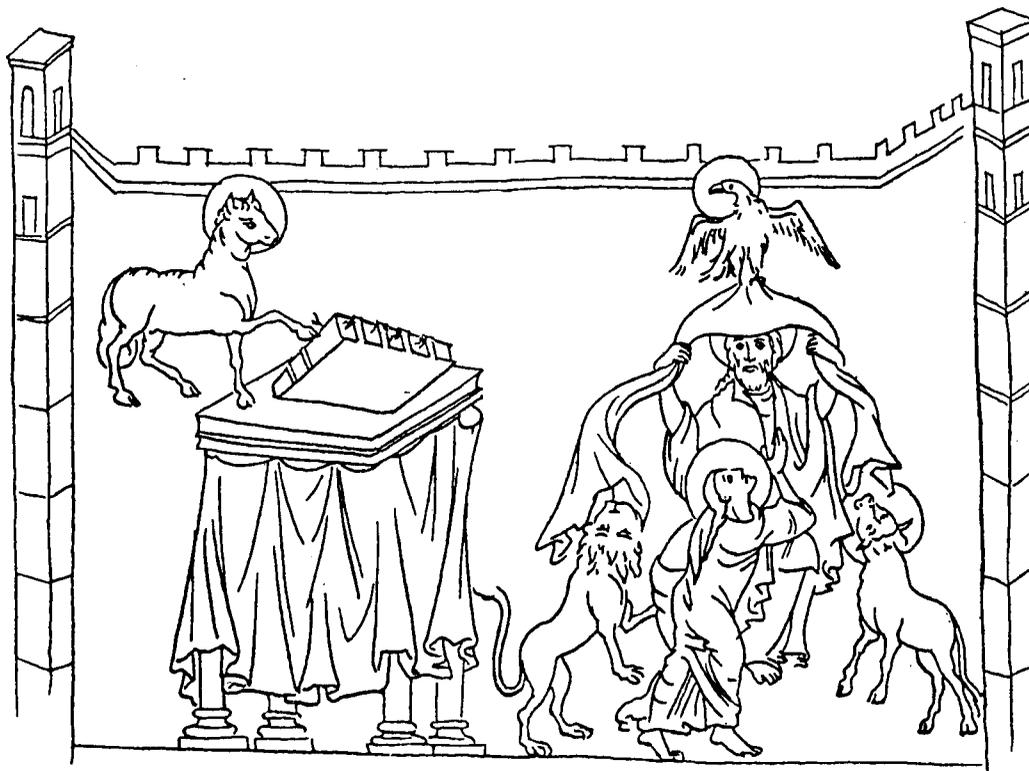
del comunismo, o conviviendo entre nosotros, en las trincheras de avanzada —hábilmente *camufladas*— del liberalismo.

El dilema es a hora más claro: no hay que pasar por la transición absurda de juntar el Corazón de Jesús con el corazón de Marat. Hemos de decidirnos: o el Corazón de Jesús o el corazón de Marat; ambos, con todas sus consecuencias.

O el Corazón de Jesús en la manifestación maternal de su Iglesia, o el corazón despiadado de la Revolución, simbolizado por Marat o por cualquier otro nombre actual que tenga su espíritu.

Marat, o la Revolución, quiere vengar a la Humanidad, apoyándose en el crimen; quiere la paz, imponiéndola por el terror. Jesús quiere redimir al mundo y salvarlo, apoyándose en el amor de su Corazón; quiere la paz, fundada en la justicia.

Permanecer indiferente ante estos dos caminos, no es vivir; es, simplemente, vegetar. O, mejor dicho, conformarse con vegetar; pero, en realidad, suicidarse.



Jesucristo profeta

(fragmento de la Biblia de San Pablo Extramuros)

6 de agosto de 1806*

El fin del Imperio romano

«Entre los que en agosto de 1806 leyeron en los periódicos europeos que Francisco II acababa de anunciar a la Dieta que renunciaba a la corona imperial, muy pocos sin duda, reflexionarían que la más antigua institución política del mundo acababa de fenecer. Sin embargo, así era. El Imperio destruido por el protocolo de un diplomático redactado a orillas del Danubio, era el mismo que el astuto sobrino de César conquistó con las fuerzas de Oriente al pie de los acantilados de Actium, y que había logrado conservar casi intacto durante dieciocho siglos, no obstante las transformaciones más considerables en su extensión, poder y carácter, un título y pretensiones desprovistas desde mucho tiempo de toda suerte de significado. Nada ligaba tan directamente el antiguo mundo al moderno, ni resumía en estos contrastes más vasta porción de la historia de Europa». James Bryce, profesor de Derecho en la Universidad de Oxford, es quien de esta manera se expresa en su obra *The Holy Roman Empire*. Poco conocido del lector español, dejemos que Ernesto Lavisse nos introduzca en el conocimiento de uno y otra. Escribe el famoso historiador en el prólogo a la traducción francesa de aquella obra: «En Alemania se ha estudiado naturalmente mucho la historia del Sacro Imperio. Pero un alemán no es independiente en sus juicios sobre el pasado de Alemania, lamentado hoy en día por unos y repudiado por otros. Austríacos y católicos de un lado, prusianos y protestantes de otro, se hacen guerra sobre este antiguo campo de batalla. Por otra parte, ningún alemán ha intentado dar una filosofía completa del Sacro Imperio.

»Un historiador inglés, M. J. Bryce, se ha encargado de esta difícil tarea. Para lograrla, era preciso el conocimiento claro de la historia universal, la aptitud para seguir una idea a través de las metamorfosis de su forma, el ingenio para captar la mentalidad teológica, escolástica y jurídica de la Edad Media; se necesitaba también gusto en descifrar símbolos, don para gozar de lo pintoresco, emoción ante la grandeza, amor a la humanidad, respeto a los hermosos sueños humanos, caridad para las ilusiones, piedad para los errores, imparcialidad en el juicio sobre las creencias, sobre los hombres y los pue-

blos. M. Bryce reúne estas raras cualidades. Sin duda deja ver una marcada predilección por el protestantismo y el germanismo, pero casi siempre ha salido airoso en su esfuerzo para tratar como filósofo este asunto filosófico. Pocos libros han alcanzado en el grado que el suyo el mérito de provocar la reflexión aguda sobre problemas más altos. Para mí, que he estudiado mucho este asunto, cuya extraña historia me ha hecho con frecuencia pensar y fantasear, he leído *The Holy Roman Empire* con gran provecho, pareciéndome que no era inútil presentar al público francés uno de los mejores libros de historia general que nos haya dado Inglaterra...»

Autocoronación de un Emperador

«Entre los que en agosto de 1806 leyeron en los periódicos europeos que Francisco II acababa de anunciar a la Dieta que renunciaba a la corona imperial, muy pocos sin duda reflexionarían que la más antigua institución política del mundo acababa de fenecer».

El brillo mismo de los acontecimientos que han preparado inmediatamente este hecho; el estrépito de guerras que lo han precedido y seguido, ha sido parte en desviar de él la atención. Para considerarlos es preciso que nos traslademos a Francia. El Papa, que ha renunciado a muchas cosas en gracia a una elevada finalidad, está en París para coronar a Napoleón. Tras preparativos espléndidos y grandiosos llega por fin el día tan deseado, 2 de diciembre de 1804. La corte hace alarde de un lujo estrepitoso; Napoleón se exhibe vestido al gusto del siglo XVI, con faja blanca, manto corto, guarnecido de abejas de oro y un birrete de plumas blancas, junto a Josefina, centelleando de diamantes, en una carroza de cristales con geniecillos de oro que sostienen una corona. En el palacio del Arzobispo, toma el cetro y el manto imperial —desapareciendo casi en él—, sostiene la corona junto a sí y pone provisionalmente en su cabeza una guirnalda de laurel de oro.

La multitud se agolpa a su alrededor. La calle de San Honorato, el muelle del Sena y todo el trayecto hasta Nuestra Señora se llena de extranjeros atraídos por la curiosidad; allí afluyen también los antiguos miembros del ayuntamiento revolucionario, los sans culotte, los que habían formado parte de los clubs jacobinos, la burguesía acomodada; en fin, todo el pueblo que había llevado a la guillotina al mejor de los reyes, y que no podía soportar la presencia de la más noble y majestuosa de las

*Artículo publicado en un número dedicado al Imperio romano entendido tradicionalmente como el obstáculo que detiene el «misterio de iniquidad» (1 de mayo de 1945).

reinas, aclama entusiasmado como a Emperadores al corso advenedizo, al soldado de fortuna, y a la viuda criolla de dudosa reputación.

Entran en la iglesia acompañados de una marcha triunfal y en un trono situado a la derecha del altar les espera Pío VII. Después que el Papa le ha ungido, ceñido la espada bendecida y pronunciado la oración ritual, va a coronarle; entonces Napoleón se levanta vivamente, toma la corona del altar y la coloca sobre su cabeza. Thiers observa: «Esta acción, entendida por todos los presentes, produce una impresión indecible». De esta forma se desvirtúa el significado de la coronación por el Papa. El nuevo emperador no acepta, como Carlomagno, la protección espiritual de la Iglesia, ni le ofrece caballerosamente su brazo para defenderla, sino que se alza frente a ella. No reconoce ningún dominio sobre sí y apoya su poder en los derechos del hombre y la fuerza de las bayonetas. El Papa ha sido engañado y penetra con dolor el fondo de todas las intrigas. Se le invitó para que fuera a coronar al emperador; aceptó por el simbolismo que representaba este acto, y resulta espectador de la coronación. El nuevo imperio, al no recibir el poder soberano de Jesucristo, le desafía con su fuerza. Napoleón no ha buscado en este acto más que satisfacer su vanidad, atraerse a los católicos, humillar a Austria, aturdir a Inglaterra y asombrar a Europa.

La Confederación del Rin

La corona imperial de Napoleón tiene, sin embargo, una sombra. Al flamante emperador le molesta la aureola de majestad que dan al título imperial de Francisco II la herencia romana, el esplendor de Carlomagno, la grandeza de los Otones y la gloria de la Cruz. No se le oculta que el título de Emperador del Sacro Romano Imperio ha significado mucho para el Occidente, tanto que alrededor de él giró la política de Europa durante siglos, porque era sencillamente la continuación del Imperio romano, como lo probaba su título de *Imperator Augustus*. Y a sofocar la significación de este título, que él ha plagiado, dirige su política y sus armas. Quiere dislocarlo y debilitarlo, de suerte que no brille más que el Imperio francés.

Para ello se vale de Talleyrand, diplomático de recursos inagotables y falto por completo de escrúpulos, el cual echa las bases de la Confederación del Rin.

Pretextando la preparación de una acometida a Inglaterra, que no llegó a efectuarse, Napoleón recorre los países, ya hábilmente predisuestos por Talleyrand, situados entre el Mosa y el Rin. Entonces se manifiesta en su más alto grado la fascinación que ejerce sobre las masas. En Colonia los ciudadanos, locos de alegría, tiran



Coronación de Carlomagno en Roma

(De un manuscrito del siglo xv)

del coche del Emperador; en Aquisgrán, en medio del éxito de su viaje triunfal, le sigue fascinando el recuerdo de Carlomagno, en Coblenza y Maguncia recibe como señor a los príncipes alemanes y les trata con un fausto sin igual, pero como huéspedes; y todos se muestran sorprendidos por la celeridad con que el soldado coronado ha tomado actitud de soberano.

Esto, unido a que Napoleón se hace coronar Rey de Italia, es causa de que en Viena triunfe el partido de la guerra, y aliándose con Rusia se forme la tercera Coalición. Napoleón tiene aún asida la Fortuna, y el ejército ruso-austriaco es vencido el 2 de diciembre de 1805, en Austerlitz.

Se ajusta la paz de Presburgo, que no se cumple.

A la presión de las influencias de Talleyrand, se une la oficiosa complicidad del archicanciller del Imperio, Dalberg, y la diputación imperial que se había reunido, seculariza las posesiones eclesiásticas, cambia los cuadros territoriales y reorganiza el Consejo de Electores Imperiales. Francisco II no acepta estos cambios, y he aquí la oportunidad para que Napoleón intervenga directamente en los asuntos del Reich. Se forma la *Confederación del Rin*, y los países renanos rompen su dependencia de vasallaje con el Imperio y dan a Napoleón el título de Protector de la Confederación.

Queda Napoleón mediador de Suiza, Protector de la Confederación renana, Rey de Italia, Emperador de los franceses, y con los tronos de Holanda y Nápoles ocupados por sus hermanos.

Declaración de Francisco II

El 12 de julio se firma el protocolo de la Confederación del Rin, que se ratifica el 25 en Munich. El primero de agosto de 1806 anunciaron en Ratisbona su separación del Imperio alemán, y el enviado francés declaró que Napoleón ya no reconocía su existencia.

El 6 de agosto, el Emperador Francisco II respondió a este hecho con la siguiente declaración:

«Después de ajustada la paz de Presburgo, toda nuestra atención y solicitud estaban dirigidas con la acostumbrada lealtad y conciencia a procurar la mayor satisfacción, conservar las bendiciones de la paz a nuestro pueblo, confirmar en todas partes las relaciones pacíficas felizmente restablecidas, a aguardar hasta ver si las mudanzas esenciales introducidas por esta paz en el Imperio alemán, nos harían en adelante posible satisfacer las graves obligaciones que nos imponía la capitulación de la elección imperial como jefe superior del Imperio. Las consecuencias que han tenido muchos artículos de la paz de Presburgo o luego que fueron publicados, y hasta el día de hoy, y los acaecimientos sabidos de todos, que han ocurrido en el Imperio alemán, nos han dado el convencimiento de que en las circunstancias nuevas nos sería imposible continuar cumpliendo las obligaciones contraídas por la capitulación electoral; mas como resulta que previa solución de las complicaciones políticas producidas, la Convención suscrita en París el 12 de julio de 1806, y después aprobada por las partes contratantes, ha conducido a muchos principales Estamentos a su completa separación del Imperio y su unión en una Confederación aparte, han quedado anuladas enteramente las esperanzas que abrigábamos. Por la persuasión que estas cosas nos han causado de la entera imposibilidad de cumplir las obligaciones de nuestro oficio imperial, debemos a nuestros principios y dignidad la renuncia de una corona que sólo podría tener valor a nuestros ojos mientras pudiéramos corresponder a la confianza que en nosotros pusieron los Príncipes electores, Príncipes, Estamentos, y demás que pertenecían al Imperio alemán, y estuviéramos en posición de satisfacer las obligaciones que habíamos tomado. Conforme a esto, declaramos por las presentes que consideramos disuelto el vínculo que hasta ahora nos ataba al Cuerpo Político de Imperio alemán; que por la unión de los Príncipes electores y Príncipes confederados, consideramos ex-

tinguido el oficio supremo y dignidad del Imperio y por ende nos miramos desatados de todas las obligaciones que asumimos respecto del Imperio alemán, y por causa del mismo, deponemos la corona y Gobierno imperial que hasta ahora habíamos tenido. Al mismo tiempo, desatamos a las Príncipes electores, Príncipes y Estamentos y a todos los que pertenecieron al Imperio, y en particular a los miembros de los Tribunales supremos del Imperio y a los demás servidores suyos, de los deberes con que hasta ahora estaban atados a nosotros por la Constitución, como a legal jefe supremo del Imperio. A nuestra vez, declaramos libres a todas las provincias y Estamentos alemanes de todas las obligaciones que hasta ahora tenían por cualquier título respecto del Imperio alemán, y nosotros mismos nos esforzaremos, en unión con todo el Cuerpo Político Austriaco, como Emperador de Austria, por llevarlas en las nuevas relaciones pacíficas restablecidas con todas las potencias y Estados vecinos a aquel grado de felicidad y bienestar que será el objetivo de todos nuestros deseos y el fin de nuestra más activa solicitud».

El acto, tan trascendental y simbólico, de Francisco II, transcurrió en medio de una lógica indiferencia. El Imperio no se derrumbaba como los titanes, haciendo estremecer al Mundo con su caída: su significado ya no era familiar; se le había hecho el vacío y moría asfixiado por haber socavado su prestigio la vasta red de las sociedades secretas extendidas por todo el Continente.

Se había lanzado la idea de romper con el pasado y fundar la Sociedad sobre nuevas bases, y obedeciendo a esta consignase había levantado otro Imperio, que tenía por génesis la Revolución francesa y por artífice a Napoleón Bonaparte, que estabilizaba sus principios abriendo con ello la era de las revoluciones europeas cuyo ciclo no se ha cerrado todavía.

* * *

Juan Bautista Weiss, de cuya monumental *Historia Universal* recogemos el documento, concluye: *«Así acabó el Imperio de Carlomagno, mil seis años después de su fundación».*

Unos volúmenes antes de la misma obra, al estudiar la constitución de este Imperio a cuya desaparición acaba ahora de hacernos asistir, habíalo hecho bajo el siguiente epígrafe: *«La restauración del Imperio romano».*

Expedición francesa a Roma. Fines aparentes y reales*

La Conferencia de Gaeta

Gaeta, la plácida ciudad napolitana recostada en las laderas del monte Orlando y asomando riente al mar Tirreno, ceñida con sus murallas y baluartes, coronando sus alturas la torre y el castillo, con sus inmensos palacios de oscuros portalones y fachadas renegridas, cuyas piedras son testimonio de antigüedad y de historia, con sus calles estrechas y retorcidas de la parte vieja de la ciudad y las villas modernas que ensanchan sus alrededores emergiendo entre las plantaciones de naranjos acelera el ritmo habitual de su vida al irrumpir en ella los plenipotenciarios de las potencias católicas de Europa, que han ido a reunirse en una conferencia, a fin de coordinar sus fuerzas de la manera más eficaz para devolver al Pontífice Romano la plenitud del poder temporal que inicualemente le ha sido arrebatada.

Con la expansión propia de país meridional, la población vibra de entusiasmo cuando además recibe en su recinto a S. S. Pío IX. La hidalga escolta del embajador español le ha permitido huir de Roma cuando Mazzini ha proclamado la república romana. Garibaldi a la cabeza del motín es el amo de la calle, y a los mismos pies de S.S. han asesinado al conde Rossi, para coaccionarlo por el terror y obligarle a sancionar las leyes incubadas en las logias masónicas y las ventas de los carbonarios.

Non possumus, ha dicho dignamente el Papa, y se ha refugiado en Gaeta confiando su causa a las potencias católicas que convocadas por España se han reunido en esta ciudad.

Todos siguen con interés el curso de los acontecimientos; la curiosidad y los comentarios del vecindario dividen su atención entre las noticias que llegan de Roma y lo que puede saberse del curso de la conferencia.

Nápoles presta su concurso con la espontánea foga-sidad de su temperamento. Llega la expedición española mandada por el General Fernández de Córdoba. Austria, dueña del reino lombardo-véneto refuerza sus guarniciones. Los blancos uniformes de las tropas imperiales cubren todo el norte de Italia y están prontos a imponer con las armas las decisiones de la conferencia. Sólo Francia anda remisa; por fin ha decidido concurrir oficialmente como potencia católica pero se ve que boicotea

las decisiones y quiere ganar tiempo. Por esta causa nada se ha decidido todavía y con el natural asombro de todos, llega a Gaeta la noticia de que, haciendo caso omiso de este compás de espera que ella ha provocado, un cuerpo expedicionario francés compuesto de 8000 hombres ha desembarcado en Civita-Vecchia al mando del general Oudinot de Reggio.

Garibaldi, Mazzini y Luis Napoleón

Estos que han sido tres oscuros conspiradores desempeñan en Italia, en 1849 tan destacado papel que son figuras principales en el tablero político de Europa.

Garibaldi, famoso guerrillero, fanático revolucionario, intransigente y audaz, hijo de pescadores y marino mercante en su juventud, condenado a muerte por conspirador contumaz, prófugo y activo revolucionario en África y en América, ha vuelto a Italia y acogándose a la bandera de la unidad, con su fogosidad demagógica, arrastra en pos de sí un numeroso partido y es nombrado general en jefe de la facción que atenta directamente contra el Papa.

Mazzini, iluminado idealista, adusto y taciturno, fundador de «La Joven Italia» ha ofrecido sus servicios a Carlos Alberto y como los ha rechazado se hace republicano. Su actividad periodística es grande; también ha sido condenado a muerte y desterrado, pero en 1849 está al frente del triunvirato romano y su poder no tiene límites en el territorio de su jurisdicción.

Ambos son camaradas de juventud de Luis Napoleón, hijo del efímero rey napoleónida de Holanda, antiguo carbonario harapiento y fugitivo; pretendiente dos veces rechazado; durante muchos años, melancólico y romántico prisionero del castillo de Ham, y actualmente presidente de la república de Francia.

Garibaldi y Mazzini siguen una trayectoria rectilínea y van de frente a alcanzar sus objetivos y su acción, aunque francamente mala, es clara. En cambio, Luis Napoleón, para compaginar el triunfo de su ideología y el logro de sus ambiciones personales, ha de seguir una política sinuosa que le coloca continuamente en terreno falso.

No hay duda que desea hacer triunfar el principio de las nacionalidades nacido de la Revolución, y ayudar a sus amigos; pero no olvida ni por un momento que la desaparición de su hermano mayor, asesinado por los carbonarios, y la prematura muerte del Aguilucho, le ha-

*Artículo publicado en un número monográfico sobre las expediciones para defender a Pío IX de los ataques de la revolución italiana (15 de septiembre de 1946).

cen el sucesor inmediato del emperador Napoleón, y arrollará todos los obstáculos que se le opongan para recoger por lo menos una parte la herencia del gran corso.

Con esta mira ajusta su conducta a las circunstancias del momento no vacilando en la elección de medios; por eso cuando los excesos de la revolución del 48 han producido en Francia la reacción inevitable, olvida los principios revolucionarios y presenta el programa de «mantener el orden público, asegurar la propiedad y defender a la religión y al Papa contra el que se han rebelado sus propios súbditos». Con esto se apunta el primer triunfo; es elegido presidente de la República por la mayoría aplastante de cinco millones de votos.

Naturalmente que piensa dar en la práctica una gran elasticidad al cumplimiento de este programa. Su falta de escrúpulos es notoria; su catolicismo estrictamente político y su juramento de fidelidad a la república puramente circunstancial. Socorrerá al Papa, cuando esto le sirva para afianzar su prestigio y obtener el apoyo de los católicos; protegerá de hecho las «libertades» de los revolucionarios para mantener el aura popular, y utilizará el mandato de la república de Francia para empinarse hasta el trono del imperio.

Ajustándose a este plan ha mandado la expedición a Italia «oficialmente» para defender al Papa, pues Francia figura entre las potencias católicas, pero al mismo tiempo su ministro Falloux dice a Veuillot: «Es preciso no equivocarnos sobre el carácter de nuestra expedición a Roma, el *presidente la dirige contra Austria¹ no a favor del Papado, pues mantiene con respecto al poder temporal, las tradiciones de familia y los sentimientos de su juventud²* y el General Oudinot recibe del conde d'Harcourt, representante oficial de Francia en la conferencia de Gaeta, estas concretas instrucciones: «Es preciso que apresuréis vuestra marcha... debemos evitar que corra la sangre... en Gaeta se desea que seamos *pasivos agentes y no mediadores*, y sólo podemos evitar este tan desairado papel marchando sin tardanza sobre Roma».

Intento de mediación fracasado

Cumpliendo estas órdenes, el General Oudinot ha notificado al Papa el desembarco de sus tropas al mismo tiempo que manda emisarios a los triunviros de la república romana, y con intención de erigirse en árbitro entre los partidos en lucha, como *benévolo mediador* el 28 de abril ordena la marcha de su ejército sobre Roma.



Garibaldi

Ya les parece en principio a los triunviros romanos que nada han de temer de Francia; recuerdan muy bien que una reciente circular del ministro Lamartine a los agentes franceses de Italia, dice: «Los tratados de 1815 no existen en derecho según el sentir de la nación francesa... *si llegara la hora de la reconstrucción de alguna nacionalidad oprimida, Francia se creería con derecho a armarse para proteger estos movimientos legítimos de nacimiento y nacionalidad de los pueblos*».³

Sin embargo, el peligro real en que se encuentran les hace cautos; atisban el doble juego de Francia y despierta suspicacias el aparato bélico con que se presenta Oudinot. Ven que hay ambigüedad en las declaraciones de este General, que no puede descubrir su verdadero plan sin comprometerse ante las demás potencias, y esta confusión hace que cunda la alarma entre los republicanos de Roma.

Se pronuncia, la palabra «traición». Garibaldi actúa rápidamente; ya no abandona la camisa roja que usa en los combates, y todos azuzan a la chusma con encendidas proclamas; encuadran a los hombres en la guardia cívica, prometen empleos y recompensas a los que se pongan al frente de los grupos armados; levantan barri-

1. Austria había vencido en Custoza y predominaba en Italia.

2. *Mémoires*, II, 129.

3. Circular del Gobierno francés.

cadadas, se aprestan a la defensa y reciben al General Oudinot a cañonazos.

La bravura de los soldados franceses no puede contrarrestar el violento fuego de las defensas de Roma, ni el empuje de las salidas de Garibaldi. El 30 de abril el General Oudinot ha de ordenar la retirada. Sus tropas están diezmadas. No han podido resistir a las bandas indisciplinadas de los voluntarios, caldeados por la demagogia y el fuego atizado de la rebelión y la anarquía.

En Gaeta aún confían en que el objeto de la acción francesa, aunque aislada y prematura, se confunde con el de las demás potencias, y como toda Europa esperan una réplica pronta y contundente del ejército francés.

Europa espera en vano y las potencias reunidas en Gaeta reconocerán su error. El ejército vencido de Oudinot permanece inactivo a las puertas de Roma, y todo el mundo ve con estupor cómo viene Mr. de Lesseps con instrucciones de llegar hasta el máximo de las concesiones, a parlamentar con los insurrectos, con orden de procurar además *«todo lo que evite el desarrollo de la intervención ejercida por otras potencias, animadas de otros sentimientos menos conciliadores»*.

Pertrechado con este bagaje, Mr. de Lesseps se instala en Roma. La bandera tricolor no se desdeña de ondear junto a la bandera roja de la república sacrílega. Se pone inmediatamente en conocimiento de los romanos que Francia no se unirá al rey de Nápoles para combatirles y de concesión en concesión se llega a extender el documento que suscriben el General Oudinot y Mr. de Lesseps, en el que después de varios considerandos se estipula lo siguiente:

1) Los romanos reclaman la protección de la república francesa.

2) La Francia reconoce a las autoridades romanas el derecho a pronunciarse libremente sobre la forma de gobierno.

3) El ejército francés será acogido por los romanos como ejército amigo, y se acantonará como juzgue conveniente.

4) *La república francesa garantiza contra toda invasión el territorio ocupado por las tropas.*

Es decir, cierran prácticamente el paso a las potencias católicas que han decidido devolver al Papa sus estados. Esta conducta les indigna, y el General de la expedición española Fernández de Córdoba, que con toda lealtad ha ido a Italia con el solo objeto de defender los derechos legítimos del Papa, exclama: «¿Qué significa esto? ¿Es así como Mr. de Lesseps y el General Oudinot interpretan el espíritu de la conferencia de Gaeta? ¿Es así como Francia responde al llamamiento del Papa, como nación católica del continente? ¿Es así como intenta reponer en la sede apostólica la autoridad y la persona del Pontífice?».

La política de Francia se revela con toda claridad: pacta con la insurrección.

Sin embargo su habilidad falla por esta vez. Los romanos rechazan el pacto. Nada puede vencer la oposición de Mazzini y sus colegas que engreídos con las concesiones y la victoria se niegan a admitir bajo cualquier forma al ejército francés en Roma. En un rasgo de despectiva generosidad aún devuelven al General Oudinot los 700 prisioneros que hizo Garibaldi en sus salidas.

Clave básica de esta actuación equívoca

Ni la situación equívoca ni la posición desairada en que se encuentran, ni este pacto vergonzoso causan admiración en París. A nadie se le escapa la tortuosa política personal de Luis Napoleón, pero la aceptan sin mayores inconvenientes, porque se adapta al modo de obrar connatural de la nación.

No constituye una novedad el que en ocasiones, Francia vencida en realidad, se presente con gran aplomo como vencedora y reivindique los derechos de tal, y no hay que negarle su indudable maestría y agilidad para



Napoleón III

cambiar de postura cuando se encuentra en una situación escabrosa.

Es una táctica que les ha dado siempre excelentes resultados para aumentar sus ganancias y su radio de influencia. Adaptándola al ambiente de cada época, la vienen empleando con éxito desde que Hugo Capeto empezó a ensanchar su «pre carre» hasta nuestros días; pasando por los sueños de hegemonía europea impulsados por Richelieu, la obsesión de «sus fronteras naturales», la creación de una nueva Lotaringia en el norte que amortigüe el empuje germano y procurando, la vecindad de estados débiles o agradecidos en el este y en el sur.

El embajador Lisola, en un informe dado a su país, justiprecia esta agitación en la siguiente forma:

«Su máxima es entrometerse en todos los asuntos a diestro y siniestro, hacer en todas partes papel de árbitro, con fuerza o con astucia, con prestigio oficial o por sorpresa, entre amenazas o con trato amistoso, y hasta en tratados de paz en donde no son parte necesaria, intervienen como mediadores. Nunca hubo una discordia en la cual no acertaran a hallar, una ventaja o pretensión, y *nunca, un pueblo mostró la más mínima propensión a rebelarse sin que ellos se hayan mostrado como aliados. La experiencia muestra que nunca se han mezclado en una guerra sin agudizarla, ni en un tratado de paz sin sembrar los gérmenes de nuevas discordias. No miran más que el provecho del estado, sin detenerse ni por la fe de los tratados ni por el bien de la religión ni los lazos de la amistad, se acomodan al provecho de todo el mundo para hacerlo servir finalmente al propio y sacrifican la religión cuantas veces contradice el provecho del estado*».⁴

Y en verdad que Lisola vivió en tiempos de Luis XIV y adaptó este informe a su época y a las pasadas, pero ciertamente que lo mismo podía ser redactado refiriéndose a la intervención de Francia en Italia en el siglo XIX y aún en épocas más recientes, y desde luego nos da una clave para reconocer una causa remota pero constante que nos permite seguir con facilidad los vericuetos y vaivenes del asunto que nos ocupa.

Por esto ya no nos extrañaremos de que cuando a pesar de esta habilidad nunca desmentida, la situación se ha hecho insostenible por haber provocado el estado de alerta entre las potencias reunidas en Gaeta, y la airada repulsa de los republicanos de Roma, dé un viraje violento y volviendo, aunque tarde, por el honor del ejército francés batido por los guerrilleros de Garibaldi y las milicias de la revolución, dé orden terminante a Oudinot para que entre en Roma mandándole un ejército de 30.000 hombres y gran lujo de material de guerra.



Pío IX

Entrada en Roma

Con este numeroso ejército, «después de 26 días de combates casi diarios y de trinchera abierta, Oudinot penetra en Roma el 3 de julio por entre una población silenciosa y fría; tal era la escasa estimación que gozaba el representante de la república francesa». Las tropas de ocupación dominan la ciudad, pero nadie les oculta ni su odio ni su desdén. «Los unos porque han sido vencidos, los otros porque no han recibido satisfacción». Los revolucionarios están defraudados, pues esperaban una ayuda franca. Los partidarios del Papa no ven reivindicada su autoridad. Para no dar satisfacción a nadie han bombardeado la ciudad, la han sometido a los horrores del sitio y han ametrallado al pueblo. Se ha descubierto que sólo les mueve la ambición de predominio. Con ello se han ganado el menosprecio general «al penetrar un francés en un establecimiento salen los que estaban en él, se niegan a indicarles hasta el nombre de las calles, sus edictos son destrozados, y el General Oudinot es silbado en ocasiones por la población».

No puede decirse, sin embargo, que les falta condes-

4. *Historia Universal* de Weiss, vol. XI.

endencia con los revolucionarios. Los defensores de Roma continúan armados, con sus uniformes y sus escarapelas. La bandera republicana sigue en todos los edificios públicos y no se ha desplegado un solo pabellón pontificio. Un cuidadoso descuido permite salir a Garibaldi con todas sus tropas dispuestas a atacar a los españoles y a los austríacos, a quienes el General francés no ha permitido intervenir en la toma de la ciudad, y sólo después de dejarles la delantera de 6 horas se sale en su seguimiento.

Con todo, estas condescendencias ni satisfacen en Roma ni tampoco a las sociedades secretas de París que esperaban en el triunfo del antiguo carbonario «la recompensa de 30 años de trabajo obscuro». Intrigan en la capital de Francia y reaccionan con la revolución armada del 13 de julio, en que una manifestación de agitadores y guardias nacionales desfila por los bulevares protestando porque «la sangre francesa ha corrido a favor del absolutismo» y gritando «viva la república romana».

Vuelve a estar Napoleón en una posición falsa y como siempre aprovecha la oportunidad del momento. Los excesos de los demagogos inquietan ya demasiado a la opinión conservadora de Francia que le conviene tener propicia, para sus planes de imperio, y sofoca en sangre la sublevación de París.

Encuentra inmediatamente apoyo en el partido del orden y da plenos poderes a Mr. Courcelles, que se declara pública y solemnemente «partidario del restablecimiento íntegro del poder temporal del Papa».

El historiador francés Mr. Balleydier dice al referirse a esto: «*La Francia por fin identificábase francamente con el espíritu de la conferencia de Gaeta, declarando la restauración temporal del Papa, como garantía indispensable del ejercicio imparcial y libre de sus poderes espirituales*».⁵

¡Elocuente testimonio de la actuación doble y equívoca seguida por Francia hasta este momento! Mas es pronto todavía para emitir un juicio definitivo.

¿Ayuda al Pontífice...?

Ciertamente que por fin el General Oudinot se decide a mandar al Papa las llaves de Roma, que se izan las banderas pontificias en los edificios públicos y todo se prepara para recibir al Papa. Pero el Papa es prudente. Aun cuando calla, ha seguido el curso de los acontecimientos y la vacilante y contradictoria actitud francesa que no atiende sino a su propio interés. Duda del alcance que tendrá su reciente acto de contrición, y duda tam-

bién de que su sola protección sea suficiente garantía para que pueda volver a Roma.

No tardan los hechos en demostrar cuán acertada ha sido esta prudencia. Cuando la mayoría de la población romana partidaria del Papa y víctima del terrorismo, empieza a levantar cabeza apoyada en las nuevas disposiciones, Napoleón vuelve a hacer marcha atrás. Destituye al General Oudinot, quizá por haberse excedido últimamente en sus manifestaciones de adhesión al Pontífice, y escribe al mariscal Niel una carta incomprensible en un Jefe de Estado, concebida en los siguientes términos:

«Querido Edgard: La república francesa no ha enviado un ejército a Roma para destruir la libertad italiana, sino por el contrario... Decid de mi parte al general Rostolan, que no quiero que a la sombra de la bandera tricolor se cometan actos que puedan desnaturalizar el carácter de nuestra intervención.

»Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta a Europa, dejaron en todas partes como señal de su paso los gérmenes de la libertad. No quiero, pues, que se diga que en 1849, un ejército francés ha podido conducirse de otro modo y lograr resultados opuestos.

»Debe plantearse el poder temporal del Papa bajo estas condiciones: *Amnistía general, secularización de la administración, código napoleónico y constitución liberal*».⁶

¿Puede llamarse a esto ayuda al Papa: Fundar en Roma un Gobierno nacido de la Asamblea, que decida en qué condiciones quedará el Papa en el Vaticano, después de secularizar los cargos, y exigirle una constitución liberal, con todas las libertades que más tarde el propio Pío IX ha de condenar en el Syllabus?

Sin embargo, éstas son las condiciones definitivas que quiere imponer Francia, y aún se pretende que esta carta de Napoleón se inserte en el Diario Oficial para «crear un verdadero casus belli» si sus disposiciones no se cumplen con toda premura y precisión.

La vista de este conjunto sugiere la pregunta: La expedición francesa a Italia en 1849 ¿fue a reivindicar los derechos inicuaamente violados del Pontífice?

A pesar de la toma de la ciudad, su actuación ¿no era una promesa para el futuro y un fermento de la rebelión que al fin había de acabar con la soberanía temporal del Papa, y recluir su soberanía espiritual en los muros del Vaticano?

Los franceses ¿respondieron siquiera un momento, en su espíritu y en su ejecución, al generoso impulso con que el Gobierno español convocó a las potencias católicas para la conferencia de Gaeta?

5. *Histoire de la révolution de Rome*, de Mr. Baylldier.

6. Partes oficiales del Gobierno en aquella fecha. *Guerre de la Independance Italienne*. - General Ulloa.

¡Siempre ha sido María la medianera de todas las gracias! ¡Siempre es María la que conduce al Corazón de Jesús!*

Condujo a Santa Gertrudis

Ya hace tiempo que a Gertrudis le son indiferentes las preciosas miniaturas de los códices que tanto amaba; ya no se apasiona por las oraciones de Cicerón, los versos de Virgilio y el saber de los clásicos. La gracia entró en ella y conoció el hastío de todo lo que acaba con el mundo, pero la plenitud estaba aún lejos. Se amparó en la oración para resistir los embates de las tentaciones, y pasó por la noche oscura del alma hasta que un día de Navidad ve a la Virgen, y siente que deposita al Divino Niño en su corazón y lo prepara para que sea la morada preferida de Jesús, donde pueda manifestar las secretas maravillas y la magnificencia de su amor.

En otra ocasión, es el mismo Jesús que se presenta con su Madre asegurándole que, como en la tierra, «le estaba sujeto» y, otra vez, al cantar el *Ave María* vio brotar del corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres dardos que penetraban el corazón de la Bienaventurada Virgen. La celestial Señora esparcía un suave rocío que se derramaba sobre los ángeles y santos, y le declaró: «*Me mostraré Madre del Rey de la gloria y Madre del hombre suplicante; Madre del Rey, manifestando el poder que tengo de socorrer a los hombres; Madre de los hombres, dilatando las entrañas de mi misericordia*».

Y entonces vuelve Gertrudis a inclinarse sobre un pergamino y con su preciosa caligrafía, en vez de copiar manuscritos, escribe: «Salve blanco Lirio de la Trinidad, Rosa del Paraíso de quien quiso nacer y de cuya leche quiso alimentarse el Rey del cielo, alimenta nuestras almas con los efluvios de la divina gracia» y va siguiendo con nuevos loores a quien la ha llevado a conocer y gustar los secretos del Corazón de Jesús.

A Santa Margarita María

El P. La Colombière predica un retiro en el convento de la Visitación de Paray-le-Monial. Le llama la atención una Hermana; sorprende en ella algo inexplicable, no sabe qué es, pero su actitud humilde tiene el brillo sereno y sosegado de la perla; algo maravilloso. Pregunta a la su-

periora... tiene una entrevista con la Hermana... Dios la impele a manifestarse... Primero su estado actual tiene visiones extraordinarias pero ¿cómo ha venido esto? Y empiezan las confidencias desde el principio

Era tímida, le asustaba la majestad de Dios y se dirigió a la Santísima Virgen. De niña, al prometerle que sería una de sus Hijas, la Reina del cielo la curó repentinamente de una grave enfermedad y le prometió ser siempre su Madre, se declaró dueña de su corazón, le reprendía las faltas y le enseñaba a hacer la voluntad de Dios. Después, la va disponiendo para ser la evangelista de los tesoros de amor que quiere repartir el Corazón de Jesús... Vienen las grandes revelaciones y las grandes pruebas... es vejada... humillada... maltratada... vuelven las enfermedades... La superiora duda. ¡Es tan peligroso su camino!, pero la Hermana ¡tiene tanta virtud! Quiere abreviar la prueba: «*Si son del Señor las peticiones que me hace, pídale que le cure a V. y en seguida se las concederé*». La Madre divina no falta a su palabra. Le devuelve al momento la salud, diciéndole: «*Animo, hija, te doy la salud de parte de mi Hijo...*» y la prepara para nuevas pruebas... El P. Colombière cree y la Virgen se presenta de nuevo a su hija junto al Corazón de Jesús entronizado, y transmite el deseo de legar y compartir con las Hijas de la Visitación y los P. jesuitas especialmente, la misión de conducir las almas al Corazón de Jesús.

Y ahora a los niños

¿Por qué las grandes revelaciones, las más concisas, las más claras, las más eficaces, han sido hechas a mujeres?

Así le pregunta al Señor su sierva Santa Catalina de Sena, y el mismo Señor le contesta: «*Has de saber, hija, que la soberbia de los doctores y letrados ha crecido tanto que ya no puedo sufrirlos, y para llenarlos de confusión, envío a las mujeres fortalecidas con mi gracia*».

Las revelaciones a Santa Gertrudis fueron antes de esta declaración; las de Santa Margarita María, después; pero ahora, en el siglo xx, aunque continúa apareciendo la Virgen como medianera, ya sus confidentes y mensajeros no son los hombres ni las mujeres, ¡son los niños! Y vuelve la misma Virgen, hermosa y dolorida, a pedir a los tres pastorcitos de Fátima: «*decid al mundo que*

*15 de enero de 1952.



La Virgen de Schola

venga mi Corazón misericordioso, que haga penitencia, que no ofenda más a Dios, que ya está muy ofendido...».

* * *

El original de que procede la preciosa estampa que ilustra esta página* es reproducción de un cuadro antiguo, providencialmente encontrado en un desván. Parece representar al mismo tiempo la Inmaculada prometida en el Paraíso y la visión misteriosa y sublime que San Juan describe en el Apocalipsis: La mujer en medio del sol, coronada de estrellas y con la luna a sus pies.

*Sobre esta imagen y el altar que la cobija, véase el artículo de María Asunción López Suñé, también reproducido en estas páginas: «Schola Cordis Iesu, hoy» (nota de la Redacción).

También evoca la visión de Santa Gertrudis: de la Santísima Trinidad, representada por un triángulo, parten tres rayos de luz que van al Corazón de María; de allí refluyen y caen sobre la tierra. Son los dones preciosísimos del Espíritu Santo, que en forma de agua de la gracia al fecundar nuestro mundo producirían lirios de pureza, violetas de humildad, palmas de martirio, rosas de caridad y flores de todas las virtudes.

La Virgen representada en esta imagen ha sido solemnemente proclamada Reina de «Schola Cordis Iesu» y se le han consagrado todos cuantos a ella asisten.

¡Ampáranos y óyenos, pues, Virgen amantísima y dulce Madre nuestras! ¡Condúcenos también a nosotros a tu divino Hijo y danos una sincera y tierna devoción a su Sagrado Corazón! ¡Acuérdate que eres nuestra Reina y nuestra Madre, la Madre del Amor Hermoso, la de Corazón Inmaculado, la Medianera de todas las Gracias!

El Getsemaní de la Virgen*

Después de la «Cena»

Acabado el banquete Pascual, Jesús abandona el Cenáculo. La luna llena de Nisán ilumina los escalones del camino de Siloé, por donde va rodeado de los once apóstoles. El aire de penetrante frescura primaveral, aumenta la transparencia de la atmósfera, y María, su madre, prolonga la muda despedida siguiéndoles con la vista hasta que sus siluetas se confunden con las arboledas del valle de Josafat. Sabe que vadearán el torrente de Cedrón y, recogiendo en la frondosidad de los olivos de Getsemaní, orarán.

Así lo han hecho otras veces. Hoy parece que hacen lo mismo, pero todos saben que esta noche no es igual. La ciudad y sus alrededores están desiertos. Los habitantes de Jerusalén acogidos en la intimidad de sus hogares, y los judíos de la diáspora bajo los pabellones listados de sus tiendas, prolongan la fiesta. Las primeras copas han circulado rápidamente, pero después, tendidos en sus lechos y los miembros relajados recuerdan en largos discursos los beneficios de Yahvé; se entretienen para acabar de consumir el cordero y las hierbas silvestres rociadas de haröset; entonan pausadamente el final del Hallel y escancian con toda solemnidad la cuarta copa ritual.

Pero esta soledad exterior, natural por la fiesta que se celebra, es cómplice inconsciente que favorece la intriga del Sanhedrín y la traición de Judas. De este modo, los conjurados no tendrán otro testigo que la serenidad del plenilunio. Y aún, para llevar a cabo su vileza, esperan que la luna sólo filtre sus rayos por el follaje de los olivos que coronan las alturas y su blancura sólo recorte el suelo pedregoso de las cumbres. Entonces, por el valle de Cedrón, sumido en las sombras, podrá avanzar el ejército formado clandestina y rápidamente para ejecutar la sentencia que ha dictado el más alto tribunal de Israel. Lo han elegido cuidadosamente: la guardia del Templo, algunos agentes de confianza costeados por el Sanhedrín y los sacerdotes y escribas que se han distinguido por sus violentos ataques contra el Profeta de Galilea. Unas linternas, y alguna que otra antorcha les bastarán. En la obscuridad le será más fácil a Judas dar el beso sacrilego. Y el resultado será el mismo porque

esta vez está decidido: Jesús ha de morir para salvar al pueblo.

Ha llegado la «hora del Poder de las tinieblas». Satanás criba y zarandea a los once apóstoles fieles. Están aturdidos por la grandeza del misterio eucarístico que acaban de conocer; aun no se dan bastante cuenta del poder con que han sido investidos, de la sencillez sublime con que Jesús ha realizado al pie de la letra las palabras que causaron tanto escándalo y escisión. *Mi carne es comida. Mi sangre es bebida.* Aun no pueden medir el alcance de las inauditas revelaciones de la despedida del Maestro que acaban de oír... están desconcertados por la triste claridad con que Jesús ha desechado las enérgicas protestas de fidelidad de Pedro, su buena voluntad de defenderle con la espada... Su espíritu en verdad está pronto, pero sienten la opresión y la congoja. La carne flaca rinde sus cuerpos y carga sus ojos de sueño. No pueden velar ni una hora.

El Getsemaní de María

Los apóstoles se han dormido; pero no sólo Jesús permanece despierto en oración y en agonía. María vela también en la soledad de su aposento. Su madre amantísima le acompaña en aquella agonía misteriosa que llena al mismo Dios de tristeza infinita, le sume en el desaliento y le hace sudar sangre.

María no sabe el cariz que tomarán los incidentes del drama cuyo desenlace se precipita. Es sólo criatura puramente humana y no puede, como su Hijo divino, penetrar los arcanos de la Providencia, ni abarcar el futuro y el pasado de la Historia. Mas su espíritu libre de ilusiones, su inteligencia trono de sabiduría y espejo de justicia, capta con nítida claridad los acontecimientos y los calibra con precisión objetiva.

Añadiendo a su inteligencia privilegiada la perspicacia de su amor maternal, ha comprendido que de un momento a otro, se convertirán en realidad los temores que días antes había expresado Tomás en un arranque de amor abnegado y generoso hacia Jesús: ¡Vamos, y muramos con Él!

Y el tiempo era propicio. Jesús contaba con decididos partidarios en Jerusalén; pero más de dos millones de extranjeros estaban acampados desde la víspera alrededor de la ciudad. Eran muchos los que venían de países lejanos. Ignorantes del estado de las cosas, y por el estado de devoción en que los colocaba su piadoso

*Artículo publicado en un número dedicado a la Semana Santa (15 de abril de 1957).

viaje y la presión que ejercían sobre ellos las disciplinas mosaicas, les predisponían a dejarse influir por los Pontífices del Templo.

Es verdad que esa ciudad flotante de los alrededores espontáneamente había aclamado con hosannas y alfombrado de palmas y laureles su camino proclamándole el esperado Hijo de David; pero sólo unos días habían bastado al taimado Anás y al hipócrita Caifás para penetrar en la masa y apoderarse de ella.

Estando María en Jerusalén era imposible que no hubiera visto y oído a sus satélites repartidos entre la multitud para seducirla con promesas y engañarla con calumnias. En nombre del ideal mesiánico y las riquezas prometidas por Él, en nombre de la santidad del Sumo Sacerdote, se infundía el odio a Jesús. Se exacerbaban las iras contra el que, llamándose Profeta, llamándose Hijo de Dios, mortificaba a los ricos alabando la pobreza, a los doctos pregonando la humildad, llamaba raza de víboras a los que oraban en los ángulos de las plazas con más fervor y llevaban más largas filacterias, y sepulcros blanqueados a los ritualistas más devotos y a los que con más rigor exigían el cumplimiento de la Thora.

Por eso, María presente que aquélla es la noche, aquélla es la ocasión en que empezarán a cumplirse las profecías que tan claramente explican como «la divinidad se esconde». Sucederá lo que han maquinado: *Démosle leño en lugar de pan y exterminémosle de la tierra de los vivientes... y no quede rastro de su nombre...*, piensa que tal vez ya no le volverá a ver..., por eso, después de seguirle largamente con la vista cuando se va con sus apóstoles, se retira a orar.

Sola en su aposento, acuden a su mente, con la luminosidad y rapidez del relámpago, todas las profecías que desde Isaías y Jeremías hasta Juan Bautista anuncian lo que ha de suceder. Y la aguda espada de dolor que profetizara el Santo Anciano del Templo, se hinca despiadadamente en su corazón. En el torturado cuerpo de su Hijo y en la insultada majestad de su Dios quedarán conciliadas todas sus contradicciones, realizándose.

Ha llegado el momento en que Jesús estará *mirando en torno suyo y nadie le prestará auxilio...*, *buscará sin hallar quien le ayude...*, *penetrarán las aguas hasta su alma, quedará atollado en lo profundo del cieno sin hallar donde hacer pie...* ¿Le consolarán los apóstoles que le han acompañado? No, porque ha de sufrir el más completo abandono. María bebe a grandes sorbos el cáliz amargo que también a ella le presenta el Padre, y a su dolor se añade el dolor de no poder consolar a su hijo.

Desde que empezó su vida pública la ha exigido el sacrificio del amor. Él se daba al mundo; ella también debía darse, fundirse con la humanidad que iba a rescatar. Por eso había dicho públicamente: «Mi madre y mis hermanos son los que cumplen la voluntad del Padre». Y María comprendió que no era un rechazo, sino al contrario. La unía más a Él, la unía a la redención que había venido a realizar, y para ello era precisa esa prueba del amor: entrega absoluta, olvidando no sólo el propio interés sino el propio amor.

Por eso, sólo puede acompañarle con el pensamiento en aquella noche triste, aunque sabe que cuando se apoderarán de Él *entregará su cuerpo a los que le azotan, sus mejillas a los que mesen su barba, no apartará el rostro de los que le escarnezcan y escupan...*, *no abrirá su boca para quejarse...*, *será despreciado, reputado como un leproso, herido por la mano de Dios y humillado...*, *el más hermoso de los hijos de los hombres, será menos que un hombre...*, *será un gusano de la tierra...*, *cual manso cordero, que es llevado al sacrificio, será ofrecido y llevado a la muerte sin resistencia... como va la oveja al matadero... y guardará silencio, sin abrir siquiera la boca, como el corderito que está mudo delante del que lo trasquila...*, *será burlado y escarnecido. Viéndole derribado, sus enemigos menearán la cabeza, y así, abandonado, perseguido, burlado y escarnecido en su dignidad de hombre, de profeta y de Dios, aun el Señor le consumirá con trabajos... porque ha cargado con los pecados del Mundo... y entregará su vida a la muerte...*, *será confundido con los malhechores...*

Y la Virgen Santísima, sumida en el dolor, que ha hecho de Ella la Reina de los Mártires, aun dejando escapar la amarga queja que dirige al mundo: *Ved si hay dolor que iguale a mi dolor*, acepta hasta las últimas consecuencias del *Fiat* que pronunció para que Dios, haciéndose su hijo, tomara forma y naturaleza de esclavo, precisamente para hacer posible que se cumplieran estas terribles profecías..., para que pudiera *atraer sobre Sí el castigo de la justicia divina...* y satisfacerla.

María no estuvo personalmente en Getsemani; pero, ¿no podemos piadosamente pensar que uno de los consuelos más eficaces con que el ángel del Señor confortó a Jesús sería mostrarle el Corazón de su Madre tan unido al suyo, tan semejante al suyo, tan afín al suyo en sus deseos de Redención?

En tal caso, el Getsemani de María sería de consuelo para Jesús.

«El noble señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig»*

Estas palabras figuran en el libro de bautismos de la parroquia de San Jaime de Palma, diócesis de Mallorca, al margen de la partida de bautismo que copiada a la letra, dice así:

«En la ciudad de Palma de Mallorca, Capital de la Provincia de las Islas Baleares, Obispado de Mallorca, a los dos días del mes de diciembre de mil ochocientos setenta y tres, Yo, D. José Ferriol, Pbro., Cura Párroco de la Parroquia de San Jaime, bauticé solemnemente a un niño nacido a las tres y media de la tarde del mismo día, hijo legítimo de los nobles señores consortes D. Ramón Orlandis y Maroto, y D.^a Luisa Despuig Amer de Troncoso; siendo sus abuelos paternos los nobles señores consortes D. Mariano Orlandis y D.^a Ana Maroto, y los maternos los nobles señores consortes D. Juan Despuig y D.^a Francisca Amer de Troncoso, todos propietarios y naturales de esta Ciudad. Se le puso por nombres RAMÓN NONNATO, FRANCISCO DE ASIS, LUIS, MARIANO, JUAN, JOSÉ, PEDRO, JOAQUIN, BUENAVENTURA, CARLOS, IGNACIO, BALTASAR, MELCHOR, GASPAS, MANUEL, JAIME y LUPO; fueron sus padrinos los nobles señores D. José Orlandis y Maroto, y D.^a Magdalena Despuig Amer de Troncoso, ambos solteros, propietarios y naturales de esta misma ciudad, a quienes advertí el parentesco espiritual y obligaciones que por él contraían, siendo testigos don Bartolomé Ferrer y D. Pedro Jerónimo Ferrer, Presbíteros y Coadjutores, naturales también de esta Ciudad, y para que conste extendí y autoricé la presente partida en el libro de Bautismos de esta Parroquia a los dos días del mes de diciembre de mil ochocientos setenta y tres. José Ferriol, Pbro. Rubricado.»

Algunos datos familiares

Con cuánta razón se puso la nota marginal que intitula este artículo en el Registro donde se certifica que pocas horas después de nacido era ya cristiano el vástago de una ilustre familia, lo proclaman los hechos preclaros de ilustres antepasados.

La memoria de su linaje, en la línea paterna, se re-



De un retrato del padre Orlandis joven

monta a los tiempos de la anarquía feudal entre la tradición y la leyenda que en los olvidados años del siglo x envuelve el origen de los Rolandos teutónicos. Uno de sus miembros que acompañaba a Otón III a Roma, para recibir de manos del Papa la corona imperial, enamorado del país, consiguió establecerse en Pisa.

A principios del siglo xi, ya en el plano rigurosamente histórico, varios miembros de la familia Orlandis formaron en la escuadra pisana, que junto con las naves catalanas y bajo el mando de Ramón Berenguer III, tomaron a los moros la isla de Mallorca.¹ Entre ellos figuraba uno de sus ilustres ascendientes directos: Aldobrando Orlandis, Portaestandarte de Santa Maria la Mayor, agregado de S. S. el Papa, cerca del cual ha-

*Artículo publicado tras la muerte del padre Orlandis en un número de homenaje (septiembre de 1958).

1. La contribución de los pisanos a la conquista de Mallorca a que se hace referencia la relata el *Liber Maiolichinus de Gestis Pisanorum illustribus*, recogido en diversos códices y que el Instituto Storico de Italia confió la publicación del más antiguo a Carlo Calisse.

bía sido embajador, como lo fuera también el citado Conde.

En el año 1489, a consecuencia de las luchas que asolaban Italia entre güelfos y gibelinos, Benito Orlandis pasó a Mallorca, donde casó con Cilia Cotoner y ejerció cargos en la Universidad y en la milicia.

En 1613 encontramos a Antonio Orlandis Prats, como Consejero y Secretario del rey Felipe III, en el Sacro, Supremo y Real Consejo de Aragón.

Don Pedro Orlandis Maroto ingresó en la Trapa de Notre Dame de Bonne Esperance, en Echournach (Burdeos), donde murió a los setenta y cinco años de edad siendo Abad mitrado, después de cincuenta años de estado religioso. Su nombre como trapense fue el de Dom Nivard.

Mariano Orlandis Maroto entró en la Compañía de Jesús y fue Provincial de Aragón. Estos dos últimos eran hermanos de su padre.

Igualmente antigua es la línea de los antepasados conocidos por parte materna.

Gilaberto Despuig acompañó al Conde Ramón Berenguer III a la conquista de Tortosa, y años más tarde, M. Roger Despuig, junto con Ramón de Moncada, Berenguer de Pollach y M. Pedro Sentmenat fueron los primeros en asaltar la muralla de la Azuda, por lo cual les concedió Ramón Berenguer IV el privilegio de usar en su escudo la corona mural.²

Hubo también de esta familia dos grandes Maestres de la Orden de San Juan de Malta.

D. Antonio Despuig Dameto, Arzobispo de Sevilla y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, en los últimos años de vida del desterrado Papa Pío VI, llevado de su amor al Soberano Pontífice, le sostuvo económica y aun moralmente, cumpliendo al pie de la letra lo que ofreció al rey Carlos IV que haría: «Sacrificar la libertad, la vida y las rentas para asistir a la persona del Padre común de nuestra religión».³ Tornó parte, junto con el Cardenal Consalvi, en el trabajoso conclave que en criticas circunstancias políticas eligió a Pío VII. Fue también el fundador y donante del Museo Raixa.⁴

2. ... el Compte de Barcelona donà... al Despuig lo Castell y lloch de Panes y la torre de Llover y una casa dins la ciutat junt al Portal de la Rosa... las cases que son en Mallorca son eixides de la de açi y tenen per avui mol bon patrimoni en aquella illa. «Los col.loquis de la insigne ciutat de Tortosa» fets per Mossen Cristofol Despuig, Cavaller. Obra del siglo XVI. Estampades per primera vegada per el R. P. Fidel Fita l'any 1876.

3. G. SEGUI, M. SS. CC. en *El Centenario del nacimiento del Cardenal Antonio Despuig*.

4. En la alquería Raixa, transformada por un arquitecto venido de Italia en una verdadera villa como las que constituyen el encanto de los alrededores de Roma, reunió estatuas de mármol de los tiempos

Su infancia

Todo ya desde las primeras manifestaciones de vitalidad e inteligencia del niño Ramón Orlandis le demostraron capaz de mantener enhiesto el pabellón de sus antepasados, presentando singulares posibilidades en el campo de la religión, de la política, de los estudios y de las artes.

Muerta su madre a los pocos días de su nacimiento, la exquisita sensibilidad de su alma de poeta sintió el vacío del amor maternal que añoraba aún en sus últimos años. Creció entre sus hermanos Pedro,⁵ Concepción⁶ y Juan,⁷ bajo la tutela de su padre, amantísimo, pero de carácter rectilíneo y adusto en demasia —jamás le dio ni un beso— y en el ambiente familiar hondamente cristiano y tradicional. Su interés por la marcha del mundo y los acontecimientos políticos se manifestó precozmente; su padre, bromeando, le llamaba «Metternich» y el servicio de la casa le escuchaba con avidez. Un día, oyéndole comentar la posibilidad de una guerra que creía inminente, fue tal la viveza de su descripción, que algunas criadas se echaron a llorar.

La segunda enseñanza en el colegio de San José

Cursó los estudios de bachillerato en el colegio llamado de San José que los PP. jesuitas tienen en Valencia.

Después de la última guerra no queda en el colegio nada relacionado con él directamente. Sólo se ha conservado algún catálogo y listas de dignidades. Espigando en ellos y en la historia del primer cincuentenario del colegio, se encuentra lo siguiente:

Durante el rectorado del P. Carles: «Perteneció Ramon Orlandis a la Academia de Retóricos humanistas. Tuvo una disertación sobre la cantidad prosódica y formación de las palabras latinas. Con ocasión del III

del Imperio; 55 inscripciones latinas; 14 bajorrelieves; muchas figuras de bronce y piezas de cerámica; colección de grabados; medallas y sellos; una rica y variada pinacoteca de 267 cuadros de los mejores autores; colecciones de armas, arcos; porcelanas de Monclos; una carta hidrográfica de Americo Vespucci y un monetario de más de 10.000 piezas de distintas épocas. P. SEGUI, M. SS. CC. en *El Centenario del nacimiento del Cardenal Antonio Despuig*.

5. Primogénito de la casa. A los 33 años fué a Salamanca para seguir estudios eclesiásticos y falleció en aquel Seminario en 12 noviembre 1897.

6. Casada con don Joaquín Rovira y Merita, conde de Rótova, padres del P. Juan Rovira Orlandis, mártir en 1936.

7. Este hermano también falleció, siendo ahora representante de la famili el sobrino-nieto de nuestro P. Ramón Orlandis, Juan Orlandis y Habsburgo Lorena.

Centenario del P. Granada, tuvo una sáfica griega y una oda pindárica griega. Más tarde un diálogo francés y valenciano con José Gascó.»

Durante el rectorado del P. Vigo: «Intervino en un diálogo llamado *La Rábida*, con Pío Zabala y Alberto Escofet.»

En 1889 su nombre está escrito entre los *Laude digni* y tiene premio en latín y griego y en lengua española.

En 1890 está el cuarto entre *Quod inter condiscipulos clariora facinora patrarint singulari Praemio donantur*. En retórica obtuvo medalla de oro por ser emperador perpetuo. En latín y griego tuvo premio también este año.

En 1891 tuvo accésit en *Christianae catecheseos*. Medalla de oro en filosofía. Premio en matemáticas.

En 1892 está el segundo entre los premio singular, tiene premio de conducta, príncipe perpetuo en filosofía y en matemáticas. Medalla de oro en física.

Al terminar tenía diecisiete años.⁸

Estudios superiores en Deusto y Salamanca

Buscando también en los archivos de Secretaría de la Universidad de Deusto, entre lo poco que se conserva de aquel tiempo, se ha podido averiguar que ingresó en el año 1892 —el mismo en que acabó en Valencia— y causó baja en 1895.

En aquella época muchos de los alumnos simultaneaban los estudios de derecho y filosofía y letras, y terminaban ambas carreras en seis cursos, dedicando los tres primeros especialmente a filosofía y letras y los tres últimos a la carrera de derecho.

Ramón Orlandis cursaba entrambas carreras como hacían los alumnos más aventajados. De las actas de los exámenes que se conservan resulta que obtuvo siempre en ambas carreras la calificación de sobresaliente, así en Deusto como en Salamanca, en los tres cursos de 1892 a 1895.⁹

El testimonio que dan sus condiscípulos que aun viven es de que «era un joven atento, reposado, con seriedad superior a su edad [quizá el más serio y reposado de la clase],¹⁰ inteligente y estudioso».

En los ejercicios para obtener el grado de licenciado, obtuvo también en la Universidad de Salamanca la

calificación de sobresaliente, según certificado que se expidió en 18 julio 1895.

«Su retrato en la orla de los licenciados de 1892-1895 de la Universidad de Deusto... muestra un rostro ovalado, pero lleno de mirada inteligente y bondadosa, adornado con barba y bigote más bien cortos y de forma romántica».¹¹

No teniendo necesidad de ejercer la carrera para lucrarse con ella, una vez obtenido el certificado, no cuidó de obtener el título. Éste le fue expedido en el año 1904, después de entrar en la Compañía, y lleva la firma del entonces rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno.

Las «tertulias literarias»

Como puede deducirse de sus actividades y su estancia en los internados de Valencia y Deusto, vivió poco en Mallorca, únicamente en época de vacaciones.

En Punta de Amer de San Lorenzo Des Cardesar, finca patrimonial de su familia, era, junto con su hermano mayor Pedro, el centro de atracción de una selecta tertulia literaria. Allí se juntaban los dos hermanos Alcover —D. Antonio, canónigo de Mallorca, y el P. Miguel, S.I.—, su sobrino, que fue después el padre Juan Rovira Orlandis, S. I. —martirizado en Roquetas en 1936—, el poeta Miguel Costa y Llobera y otros aficionados a las discusiones historicofilosóficas, alternándolas con la pesca y la caza.

Se comprende que entre personas de nivel cultural tan elevado, la capacidad para la abstracción filosófica, la feliz memoria, el ingenio agudo, la certera visión de los acontecimientos y sus posibles consecuencias, la sutileza de percepción artística y poética, y especialmente la aptitud para el proselitismo incondicional, despertara en el político tradicionalista Necedal el deseo de atraerlo a su partido y la admiración del eminente vate mallorquín. He aquí cómo enjuiciaba éste sus ensayos poéticos:

«... *També tenim gent novella: dos poetes nous se poden dir els dos germans Orlandis y Despuig, que en sos primers ensaigs mostran ja'l gust format de verdaders artistes... Tots dos versifiquen en català... l'estudiant ha introduït a Deusto l'admiració per M. Verdaguer y altres poetes de per aquí. Voldria enviar-te promte un tomet compost a la una per los dos germans*” (12).

8. Datos facilitados por el Rdo. José M^a Butler, Rector del Colegio.

9. Datos facilitados por el R. P. Demetrio Iparaguirre, S. I.

10. Carta de su condiscípulo D. Federico Zabala, residente en Bilbao.

11. Andrés ARISTEGUI, S. I. Artículo publicado en «El Mensajero del Corazón de Jesús», correspondiente al mes de agosto de 1958, sección «Amigos del Corazón de Jesús».

12. Fragmento de una carta de M. Costa Llobera al Dr. Antonio Rubió Lluch de 5 de mayo (1895).



«... L'altre Orlandis poeta és lo darrer de la família, jove de 20 anys, educat pels jesuïtes, primer en el Col·legi de València i ara en lo de Deusto, ahont segueix les carreres de Lleys i de Filosofia. Aquest s'anomena Ramon i és un estudiant de profit, ple de cultura clàssica, fins el punt de versificar en llatí y grec. La seva nota dominant es la noblessa de l'entonació y certa sobrietat horaciana. Jove piadós i recullit, no te desengany que plorar; però no crec que torni a casa seva; segons diuen, ha demanat per entrar en la Companyia de Jesús, si bé això no és encara del domini públic... ja saps qui són els dos novells poetes mallorquins de qui et parlava...».¹³

«... aquí t'incloch quatre poesies dels germans Orlandis destinadas als Jochs Florals...».¹⁴

«... el seu germà Ramon, avuy jove novici de la Companyia de Jesús, al primer só d'aquella lira que'l féu estremir de devoció y d'amor (deu fer de això uns

tres anys), prengué també l'arpa sagrada y ab inspiració profético se'n pujà per les altures; y... qui sap ahon s'aturarà en reprendre la volada. Déu lo beneyesca. En Ramon volava más amunt, en Pere penetrava més endins. Mes la poesia, l'art, la bellesa terrenal ab tot son esplendor eran vanitat de vanitats per aquelles ànimes...».¹⁵

Estos fragmentos indican también que ya había hecho elección, cuál había sido, y que su «encuentro» con Dios era un hecho.

* * *

¡Qué contraste más vivo ofrece la fastuosa entrada en el mundo y la vida holgada del hijo de una casa grande en el ambiente del siglo pasado, en que se aprecia aún la nobleza heredada y el antiguo abolengo, y el lacónismo con que se evocan los largos y fecundos años de sacerdocio, trabajo, estudio, enseñanza, apostolado y magisterio del hijo de San Ignacio!

En su tumba sólo figura *Raimundus Orlandis, S. I.*, en contraposición a los diecisiete nombres que en su bautismo impusieron al «noble señor»; y tres fechas escuetas: *el nacimiento, la entrada en la Compañía y la muerte.*

Pero ¡cuán rica en contenido es la vida del hijo de San Ignacio que va de 1895 a 1958, a pesar de este lacónismo!

Eminentes PP. jesuitas que han sido sus compañeros o sus alumnos; sus discípulos seculares, unos catedráticos en activo, otros abogados, médicos, ingenieros, etc., en ejercicio, recuerdan en las páginas siguientes algunos de sus rasgos.

Sus más recientes alumnos evocan sus frases reveladoras de inquietudes e ideales; las orientaciones magistrales que les abrieron amplios y dilatados horizontes por donde pueden caminar por sí mismos desbrozándose el camino; y su modo especial de enseñar, nunca agobiante, aunque era continuo; vastísimo, pues versaba sobre todo y lo aplicaba a todas las ocasiones, porque además de maestro¹⁶ era para todos el confidente, el amigo, el padre que se prodigaba y daba sin contar, como da la persona que ama, porque el P. Orlandis amaba a sus discípulos.

13. Fragmentos de una carta de M. Costa Llobera al Dr. Antonio Rubió Lluch, de 6 de junio de 1895.

14. Fig. carta de Costa Llobera al Dr. Rubió y Lluch de 6-6-1895.

15. Fragmento de un artículo publicado en el semanario «Mallorca Dominical», el día 28 de noviembre de 1897, firmado por Tomás Forteza.

16. Maestro en el verdadero sentido de la palabra, es decir, no profesor que repite un texto y amontona citas eruditas, sino con originalidad y genio para formar escuela.

Actitudes calvinistas en el siglo XVI y XVII. Cómo hicieron protestante a Inglaterra*

Cuando Enrique VIII quiso casarse con Ana Bolena y repudiar a Catalina de Aragon, quería únicamente soslayar la autoridad pontificia para realizar «legalmente» un nuevo matrimonio estando legítimamente casado. Tomás Cronwell, tundidor y mercader que había viajado por Europa, le aconsejó que adoptara la doctrina de los reformados alemanes, pero el Rey, a quien el Papa le había concedido el título de «defensor de la fe» precisamente por sus escritos contra Lutero, y que sólo tenía razones personales para romper con el Pontífice, quería limitarse a esto y continuar en lo posible con las mismas prácticas de la religión católica.

Puesto en este plan empezó a dar decretos. El 30 de marzo de 1534 el Parlamento prescribió el *juramento de fidelidad al rey* por el cual se obligaban principalmente a rechazar el primado Pontificio de Roma. En noviembre del mismo año, por el *Acta de Supremacia* el Parlamento reconoció a Enrique VIII *Jefe supremo de la Iglesia; rey y pontífice en su reino; intérprete de la verdad católica y canal de todas las gracias sacramentales*.¹

Cómo un parlamento católico pudo votar estos decretos

La panacea que le facilitó los votos del Parlamento y la adhesión de parte del alto clero fue la expropiación de los bienes monásticos, el vislumbre de que se lograría suprimir el celibato eclesiástico y la amenaza de ser condenado como reo de alta traición.

Con estas perspectivas resultaba inadecuado no reconocer «el casto matrimonio de Ana y Enrique» y no renegar del obispo de Roma que «usurpaba el nombre de Papa». Era la apostasía de la corte y el Parlamento. El canciller Tomás Moro y el obispo Fisher que rehusaron renegar de su fe católica fueron decapitados. «Las cabezas de estos dos grandes hombres se colocaron en garfios a la entrada del puente de Londres donde se pu-

drieron. La comedia del divorcio se convertía en monstruosa tragedia»² que progresivamente tomaría grandes proporciones.

En cinco años se terminó la liquidación de los bienes monásticos. «El rey tomaba posesión de las haciendas y asignaba los terrenos a un señor cuya fidelidad a la nueva iglesia afirmaba de este modo. Tuvo como principal colaborador a Tomás Cronwell, que además de reservar para sí gran número de las rentas confiscadas, obtuvo para su sobrino (zafio mesonero, convertido de repente en un Crespo) abuelo del famoso Oliverio Cronwell, nada menos que trece de las depredadas haciendas. Sus posesiones se extendían en cinco condados».³

El efecto político fue prodigioso. Esta nueva clase mágicamente transformada por obra de la reforma en rica y poderosa, aseguraba su apoyo al nuevo régimen. En adelante la doctrina y el interés conspirarían contra el regreso del catolicismo romano, y este núcleo de nuevos millonarios y el alto clero reformado (Crammer, Primado de Inglaterra, mentor del rey en su separación de Roma y consejero de su matrimonio con Ana, se casó en seguida) «dirigiría el gradual abandono de la fe ancestral de un pueblo que se resistía a ello».

¿Y el pueblo?

Pero la cosa no iba a resultar tan fácil con la masa del país como lo había sido con el Parlamento enriquecido. El pueblo era católico y hostil al divorcio; al paso del rey gritaban que debía conservar a Catalina y hablaban con insolencia de Ana Bolena cuya conducta en tierras de Francia había sido muy dudosa. Y como Enrique VIII una vez satisfecha su pasión no deseaba tampoco ponerse en pugna con la mayoría de sus súbditos, después de haber dejado y aun alentado la propagación de muchos errores luteranos o calvinistas, en virtud de los poderes que le concedía el *Acta de la Supremacia*, en 1549 ordenó el libro de oraciones, *Prayer book*, y en vista de que no producía bastante efecto en 1553 ordenó creer y cumplir los seis artículos siguientes:

* Artículo publicado en un número dedicado a la reforma litúrgica subsiguiente a la Constitución conciliar sobre la sagrada liturgia (agosto-septiembre de 1965).

1. Macaulay, *Revolución de Inglaterra*, vol. 1, p. 75, Madrid, 1885 y Spillman, *Los mártires ingleses bajo Enrique VIII*, 15, Friburgo, 1887.

2. André Maurois. *Historia de Inglaterra*, p. 230, Barña, 1944.

3. Hilaire Belloc. *Oliverio Cronwell*, p. 8, Barña, 1943.

1) El Cuerpo de Cristo está presente bajo las especies del pan y el vino por transubstanciación.

2) La comunión bajo las dos especies no es necesaria.

3) El matrimonio de los clérigos está prohibido.

4) Los votos de castidad y de continencia obligan en conciencia.

5) El uso de las misas privadas debe ser conservado.

6) La confesión auricular es obligatoria.⁴

Era una marcha atrás demasiado tardía, pero con Enrique VIII exasperado con el fracaso de sus casamientos consecutivos y después de su separación de la reina Catalina, y desequilibrado como lo prueba el juicio de Becket,⁵ no se podía jugar. Crammer mandó inmediatamente su mujer al continente porque el rey sin miramiento alguno hacía víctima de su brutal arbitrariedad a católicos y a protestantes. «Los católicos eran ahorcados y descuartizados porque no reconocían la supremacía del rey en la Iglesia; los protestantes quemados como herejes porque rechazaban la fe católica».⁶ El número de ejecuciones que ordenó Enrique VIII siendo «Rey y Pontífice de su reino» nos da este sangriento balance: 2 reinas; 2 cardenales, 2 arzobispos, 18 obispos; 13 abades, 500 religiosos, 18 doctores de teología y jurisprudencia, 12 duques y condes, 164 nobles, 124 ciudadanos y 110 mujeres».⁷

Evolución protestante en tiempos de Eduardo VI

El anglicanismo se formó acomodándose a los deseos, conveniencias y posibilidades de Enrique VIII y su hija Isabel I. A la muerte del rey lo dirigiría Gardiner.

Crammer se hubiera unido simplemente a los protestantes alemanes de Lutero sin buscar complicaciones.

En cambio, un buen grupo de obispos se inclinaban más hacia el calvinismo que dominaba en Escocia bajo la férula de Knox. Este grupo, que creció enormemente, es el que tomó después el nombre de «puritanos».

Desde luego que la situación creada por Enrique VIII no era posible sostenerla; ni él mismo lo hubiera logrado.

4. Joseph Angles. *Anglicanisme*, dic. de Théologie catholique, v, 11, c. 1284, Paris, 1931.

5. Por temor a que el ejemplo de Becket llevara a oponerse a la autoridad del rey, el 24 de abril de 1538 citó a juicio al santo que hacía tres siglos y medio estaba enterrado. Como no compareció, Becket fue declarado culpable de rebelión, de contumacia y traición; sus huesos fueron quemados; las preciosidades de su sepulcro confiscadas para el tesoro real y se anunció a todos los súbditos por orden del rey que Tomás no era santo, sino rebelde y traidor y se debía borrar su nombre y destruir todas sus imágenes. Lingnard, *Historia de Inglaterra*, vol. VI, págs. 304-306.

6. Spllman, loc. cit., págs. 157-168.

7. B. Weiss. *Historia Universal*, vol. VIII, p. 940.

Eduardo VI, más dúctil que su padre en manos de Crammer, le dio facilidades para ir introduciendo la reforma sin despertar demasiadas suspicacias, solapadamente «por grados» y aprovechando todas las ocasiones.

Reunido el Parlamento en Westminster se celebró misa, pero el *gloria*, el *credo* y el *agnus* se cantaron en inglés; se rechazaron de plano los seis artículos de Enrique VIII que eran según opinión del Parlamento «artículos de fuego» y «látigo de seis cuerdas» porque daban el blanco de los errores que se querían introducir.

El 1.º iba contra los que negaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; el 2.º contra los que bajo el pretexto de comulgar con las dos especies intentaban convertir la «misa» en «cena» quitándole el carácter sacrificial; el 3.º imponiendo el celibato a los clérigos ponía en entredicho a los que ya habían contraído matrimonio y quitaba la esperanza de contraerlo a los que aún no lo habían hecho; el 4.º tendía a conservar la vida monástica; el 5.º iba contra el error propalado de que las «misas» han de ser «comunitarias» y si no hay pueblo fiel carecen de sentido por lo cual los sacerdotes podían abstenerse de celebrar, e ir a comulgar simplemente como los demás fieles; el 6.º imponiendo la confesión auricular constituía un freno para la marcha hacia el protestantismo.

Anulados estos artículos, los errores contra los que se dirigían, quedaron, como si dijéramos en libre circulación, pero había que ir con cuidado. Las nuevas doctrinas «no estaban aún fijadas en los estómagos (*sic*) en once partes sobre doce del reino».⁸ Precisaba la táctica de avanzar y retroceder cuando conviniera para, aprovechando la confusión, avanzar decididamente.

Negación de la presencia real en la Eucaristía

El libro de Crammer *Orden para la Comunión*, deja intacta la misa en latín y en general no contiene directamente nada contra la doctrina, pero era *una cosa provisional*. Entre tanto, para preparar la opinión, los predicadores habían de *predicar contra la presencia real*; en muchas iglesias empezaron a *celebrar misas en inglés y no se celebraba si no había bastantes personas para recibir la comunión*, es decir, si no podía celebrarse la «cena comunitaria».

Crammer compuso entonces el *Book of common prayer*, que debía substituir a todos los libros de oraciones editados anteriormente. En este libro todas las alusiones a que la misa es «sacrificio» son cuidadosamente

8. Joseph Angles, loc. cit., c. 1285.

suprimidas, y aparte de otras diferencias disimuladas, en las palabras del canon: *ut nobis corpus et sanguis fiat Domini Nostri Iesu Christi*, Crammer suprime el *fiat* y lo explica en esta forma:

«En el libro de la santa comunión, nosotros no pedimos que el pan y el vino *sean* el Cuerpo y Sangre de Cristo, sino que *sean para nosotros* el Cuerpo y Sangre de Cristo».⁹

Este pasaje que entonces pasó desapercibido niega la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía por lo que se quita el carácter sacrificial a la misa, hace inútil por lo tanto el «altar» y basta una «mesa» para conmemorar el recuerdo de la «cena». Con ello se establece contacto con uno de los puntos básicos del calvinismo.

Supresión del celibato del clero

Más trabajoso fue para Crammer conseguir la supresión del celibato eclesiástico. En 1547 logró del Parlamento un bill que «... permitía a los clérigos el pío uso del matrimonio a los que no se pudieran contener». Esto no le satisfacía, pero de momento se tuvo que conformar y proseguir la campaña de predicación para ir convenciendo al pueblo. Para asegurar la propaganda de las nuevas ideas se prohibió la predicación al clero parroquial, sólo los clérigos nombrados por la autoridad y teniendo licencia civil podían predicar. Por lo menos habían de dedicar cuatro sermones al año contra el Papa y cuatro contra el culto a las imágenes, «los que se atrevieran a predicar en favor de la cuaresma, las imágenes, la misa o los sacramentos, serían castigados con la cárcel». Se nombraron también comisarios para fiscalizar las iglesias y persuadir a todos los creyentes que no tenían más opción que obedecer al gobierno.

Al fin, en 1549, por el *Acta de uniformidad* y mediante un régimen de terror que hizo millares de víctimas, se pasó al establecimiento oficial de la liturgia prescrita en el *Book of common prayer* y poco después, tras una tempestuosa asamblea del Parlamento se aprobó definitivamente la supresión del celibato eclesiástico.¹⁰

Crammer pudo entonces traer a Inglaterra a su mujer.

Como el *Book of common prayer* contenía aún parte de la antigua doctrina sobre la misa y la eucaristía, se volvió a modificar en 1552 suprimiendo «la oración para la santificación de los dones que Gardiner estimaba como



Enrique VIII

prueba de la transubstanciación; la conmemoración de los vivos *porque parecía reconocer en la misa una virtud propiciatoria*; ya no se habla de altar y la fórmula de administrar la eucaristía es: «Toma y come esto en recuerdo de Cristo que ha muerto por ti; aliméntate de Él en tu corazón por la fe, con acción de gracias».¹¹

Con esto y las grandes proporciones que había alcanzado el enriquecimiento de los *squires* que por su gran número eran dueños de los Comunes¹² se había dado un paso prácticamente decisivo. Toda concesión al catolicismo entrañaba el peligro de la pérdida de riquezas en los miembros del Parlamento y de los Comunes, y «los clérigos que habían contraído matrimonio, el retorno a la antigua fe les hubiera obligado a escoger entre sus curatos o su mujer».

Isabel I y sus creencias

Isabel I encontró el reino vuelto al catolicismo por el breve reinado de María Tudor. Ella personalmente carecía de ideas religiosas; había sido protestante bajo Eduardo VI y ferviente católica en tiempo de María. Fue coronada en 14 de enero de 1552 con los ritos católicos, prestando el juramento que estaba resuelta a no cumplir.

En breve dio muestra de cuáles eran sus verdaderos sentimientos; aceptó consejeros protestantes y ordenó al obispo de Carlisle a suprimir la elevación de la Hostia en su capilla.

Como se juzgó «monstruoso que una hembra fuera

9. Ibid.

10. Lingnard, loc. cit., v. VII, págs. 33-37.

11. Joseph Angles, loc. cit., c. 1288.

12. Hilaire Belloch, *Oliverio Cronwell*, p. 25.

el primer obispo de una iglesia en la cual había prohibido un Apóstol a las mujeres hacerse oír, la reina juzgó necesario en vista de esto renunciar expresamente al carácter sacerdotal que se atribuyó a su padre». ¹³ y se contentó con el título de «gobernadora suprema».

Sin embargo, convocó un Parlamento cuidadosamente elegido que restableció el protestantismo tal como estaba a la muerte de Eduardo VI, o sea el *Acta de uniformidad* de 1549 y atribuyéndose por el *Acta de supremacía* la facultad por la cual «podía visitar, reformar, enderezar, ordenar, corregir, enmendar todo lo que, en materia de errores, herejías, cismas, abusos, ofensas, desprecios y enormidades caía bajo la jurisdicción de su poder espiritual», los comisarios nombrados por ella quemaron las cruces, las imágenes y todos los objetos de culto que habían sido repuestos durante el reinado de su hermana María. ¹⁴

Se procedió a establecer una nueva jerarquía nombrando arzobispo de Canterbury a Parker, que había sido el capellán de Ana Bolena y éste ordenó a más de 120 sacerdotes en una semana. Por todas partes se buscaban personas que supieran leer para recitar las oraciones en las parroquias... y «a pesar del Prayer book» y el uso del inglés en la liturgia... el culto era negligido, las iglesias caían en ruinas, y en cuanto a la doctrina el desorden era completo.

Los 39 artículos que fijan oficialmente el anglicanismo

Después de muchos ensayos y muchas correcciones y enmiendas encargadas al arzobispo Parker, el 26 de febrero de 1563 se dio la fórmula oficial de la religión anglicana en forma de 39 artículos que firmaron los obispos.

Estos artículos se acercan ya más a las doctrinas protestantes que a lo que se predicaba en tiempos de Eduardo VI y no tienen ni reminiscencias de lo que representaban los seis artículos de Enrique VIII.

El artículo 28 trata de la eucaristía y su confusa redacción acusa el evidente deseo de no manifestar la falta de fe en la presencia real, es decir, parece deducirse que se cree en cierto modo y por cierto espacio de tiempo en la presencia real pero no en la transubstanciación ni en la permanencia de Jesús en la eucaristía. A la letra dice así:

«La cena del Señor no es solamente un signo del amor mutuo de los cristianos entre ellos, sino que es

sobre todo el sacramento de nuestra redención por la muerte de Cristo. De suerte que para aquellos que se acercan con respeto, dignamente y con fe, el pan que nosotros partimos es una comunión con el cuerpo de Cristo. La transubstanciación no puede ser probada por las Sagradas Escrituras; por el contrario, repugna a los términos de la Escritura, destruye la naturaleza del Sacramento, y ha sido causa de muchas supersticiones. El Cuerpo de Cristo es dado, recibido y comido en la Cena solamente de una manera celeste o espiritual. El medio por el que el Cuerpo de Cristo es recibido y comido es la fe. El sacramento de la Eucaristía no ha sido instituido por Cristo para ser conservado, transportado, elevado y adorado». ¹⁵

En 1571 estos artículos fueron aprobados oficialmente por el Parlamento «al que se concedía la infalibilidad que se le negaba al Papa».

A pesar de lo cual «el Cardenal Bentivoglio, al describir el estado de las religiones en Inglaterra en el reinado de Isabel I, sostiene que existía cerca de una trigésima parte de católicos fervientes, pero que las cuatro quintas partes de la nación se hubiesen convertido sin escrúpulos al catolicismo si se hubiese restablecido legalmente, aún siendo incapaces de rebelarse si no se restablecía». ¹⁶

«Puritanos» — La comunión «de pie»

Los reformados de Inglaterra más extremistas vultuos de su destierro después del reinado de María Tudor y que desde 1564 se conocía en Inglaterra bajo el nombre de «puritanos», ¹⁷ así como los calvinistas escoceses y los católicos, concibieron grandes esperanzas al subir al trono de Inglaterra Jacobo I porque a todos había prometido libertad para practicar su religión. Decepcionó a todos.

Él era propiamente calvinista y se tenía incluso por gran teólogo, pero al heredar el trono de Inglaterra, como los reyes que le precedieron, vio que la religión que le convenía era el anglicanismo, y a ella se atuvo. Es cierto que mandó sus representantes al sínodo de Dordrecht (Holanda) para asociarse a la condenación del arminianismo por su oposición radical a las doctrinas calvinistas, pero también es cierto que en la Asamblea Eclesiástica convocada en Escocia en 1606 pudo lograr

15. *Ibid.*, c. 1290.

16. André Maurois, *loc. cit.*, p. 250.

17. M. ugie. *Puritanisme*. Dic. Theologie Catholique, N01. XXV, c. 1360.

13. Macaulay, *loc. cit.*, pág. 78.

14. Joseph Angles, *loc. cit.*, c. 1288.

que «los calvinistas escoceses consintieran en recibir «de rodillas la sagrada comunión»¹⁸ cosa que los calvinistas rechazaban abiertamente porque les representaba el reconocimiento de la presencia real de Jesucristo en la eucaristía.

Iglesias «con santos» o «desnudas» — «misa» o «cena» — «altar» o «mesa» — «de pie» o «de rodillas»

Carlos I despertó las suspicacias de los puritanos ingleses y de los calvinistas escoceses porque ya desde un principio tenía naturales inclinaciones al anglicanismo y también por haberse casado con Enriqueta de Francia, católica practicante.

La rebelión abierta dio comienzo cuando Laud, arzobispo de Canterbury, «quiso inculcar la reverencia debida a las cosas sagradas, establecer el respeto, hermosear las iglesias» y dio orden de que en la sede principal se volviera la mesa de la comunión al antiguo altar. Desde hacia largo tiempo se había puesto a lo ancho de la iglesia, con frecuencia en la nave, a fin de protestar contra toda idea de sacrificio.¹⁹ Laud extendió la costumbre de separar con una verja el presbiterio, e insistió en el uso reverente de la mesa de la comunión, la situó donde permanece colocada en todas partes y que casi con la misma universalidad se llama «altar».²⁰

Los puritanos y calvinistas, que habían logrado las iglesias desnudas, vacías de imágenes, sin crucifijos: habían roto los vidrios de colores, quemado las estatuas de la Virgen, profanado las reliquias de los santos, quitado el carácter «sacral» a la «mesa» que había substituido al «altar» como la «cena» había substituido a la «misa» para no reconocer la presencia real, «consideraban excesivo que bajo la dirección de Laud se hubiesen renovado imágenes tales como la de Nuestra Señora y el Niño en Oxford;²¹ fueron causa de que en Gratham se promoviera un escándalo tan formidable como impropio relacionado con la comunión... y que la colocación de cuadros, luces, imágenes en las iglesias, el signo de la cruz y otras prácticas levantaran fantásticas protestas.²²

18. Sir Philippe Warwich. *Memorias de un contemporáneo*, p. 87, Paris, 1823.

19. H. Angles, loc. cit., c. 1294.

20. Hilaire Belloc, *Carlos I*, p. 159-160, Barña, 1940.

21. *Historia del Mundo en la Edad Moderna*. Edit. por la Universidad de Cambridge, vol. VII, p. 458, Barña, 1914.

22. *Ibid.*

Triunfo del puritanismo

La gran revolución al frente de la cual se puso Oliverio Cromwell (miembro privilegiado del clan enriquecido con los despojos de la Iglesia) al que «el principio católico exaltaba hasta el furor su odio espiritual y consideraba a los católicos ingleses como seres indignos de toda consideración y a quienes debía eliminarse arruinándolos financieramente»²³ determinó el triunfo del puritanismo.

Sin embargo, «el elemento católico en Inglaterra era mucho más poderoso de lo que nosotros podemos apreciar mirando el pasado a tanta distancia de su virtual exterminio en 1688».

«Los cuadros oficiales de Carlos I estaban atestados de católicos; el rumor público cifraba su número en un cincuenta por ciento y aun después de la llamada Conjura Papista una séptima parte de Londres era aún tan fervientemente católica que prefirió el destierro a una conformidad convencional... es lo que explica la destrucción llevada a cabo por O. Cromwell de la minoría católica inglesa y su desatinada violencia contra los irlandeses. Las frases «ejército papista» aplicado a las huestes de Carlos, suenan absurdas a nuestros oídos. Para los hombres de su tiempo resultaban naturales. En realidad la sistemática ocultación del poderío católico en nuestros textos ha pasado de raya. Si bien se ha conseguido así dejar a buen número de personas cultas en la ignorancia de la tenacidad e importancia del elemento católico en el siglo XVII se ha dejado también inexplicada toda una época. La generación de las matanzas irlandesas, de la Conjura Papista, del complot de Rey House, de la batalla de Sedgemoor, etc., resulta incomprensible si no nos hacemos cargo del vigor, de la expresión, del profundo arraigo de la religión católica hasta que la Revolución determinó su catástrofe final»²⁴

* * *

Los datos indicados parecen mostrar que la Revolución religiosa en Inglaterra se rigió por lo que podríamos llamar método de «gradualidad»; ponen también de manifiesto dos características del gradual cambio litúrgico y ritual. La negación de que la «misa» tiene carácter de «sacrificio» y la correlativa idea de la «cena comunitaria» de naturaleza conmemorativa, se expresó en la transformación del «altar del sacrificio», en la «mesa de la cena» colocada en el centro de la iglesia; el cuidado en evitar la adoración, considerada idólatra por el calvinismo, del Pan y del Vino eucarísticos, es decir la negación práctica de la presencia real de Cristo, tuvo su gesto expresivo en el acto de comulgar de pie.

23. Hilaire Belloc. *Oliverio Cromwell*, p. 34.

24. *Ibid.*, p. 37 y ss.

Monumento del Cerro de los Ángeles*

Bodas de oro; bodas de plata.

Hace cincuenta años España fue consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús en el monumento levantado en el Cerro de los Ángeles, centro geográfico de la península.

Hace veinticinco años nació en Barcelona la revista CRISTIANDAD, inspirada por el P. Ramón Orlandis, S.J. y fundada por los miembros de Schola Cordis Iesu (regida también por el P. Orlandis) dedicada al estudio de la Teología de la Historia; a la formación de Celadores del Apostolado de la Oración y a cuantas disciplinas se derivaran o tuvieran relación con el apostolado secular, fin principal de la obra.

La feliz coincidencia de estas dos efemérides permite destacar la íntima relación que existe entre CRISTIANDAD, que puso junto a su título el lema: AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCIÓN A SU SAGRADO CORAZÓN, y el acto realizado en el Cerro de los Ángeles que inicia, por lo menos en el deseo, que la SOBERANÍA SOCIAL DE JESUCRISTO sea un hecho en nuestra nación.

Y porque CRISTIANDAD cree y confía que el reinado de Cristo ha de venir por la devoción al Sagrado Corazón se une entusiasta a la celebración del cincuentenario de la Consagración de España efectuada en el Cerro de los Ángeles y acoge con gozo el libro *Nueva luz*, publicado recientemente y del que el P. José Caballero, S. I., hace la presentación como «Un trabajo en equipo de jóvenes».

Con su acostumbrada maestría y perfecto conocimiento de *las actitudes de reserva y aun de repulsa*,

ante un culto reiteradamente avalado por el Magisterio, el P. Caballero nos dice al presentar los autores del libro (Jesús Marín, Luis García, Jesús Oloriz, de la Congregación de Corazonistas) que son jóvenes «*en pleno ambiente universitario de Salamanca*» y que «*los de la actual generación verán con sorpresa que, lejos de poder juzgar el tema como anticuado, hemos de descubrir en él valores siempre nuevos, capaces de despertar el entusiasmo en almas jóvenes*».

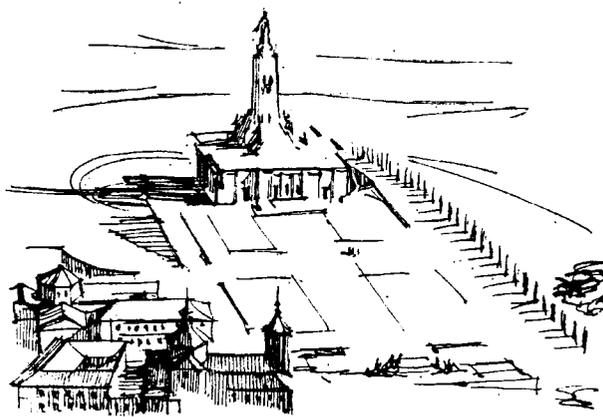
Tres «antenas» tiene España *evangelizadoras de los infinitos tesoros del Corazón de Jesús*. El monumento del Cerro de los Ángeles: *El Templo de la Gran Promesa*, en Valladolid; la expresión de desagravio expiatorio en el *Templo del Tibidabo*. El Papa Juan XXIII, en su Mensaje de 21 de octubre de 1961 se refiere inspiradamente a estos tres santuarios llamándoles «*tres jalones gloriosos que se alzan en el suelo del querido pueblo español expresando sus sentimientos de amor y reparación con el Corazón de Jesucristo*».

Junto a estas tres «antenas», junto a estos «tres jalones gloriosos» que marcan el camino hacia el reconocimiento de la soberanía social de Jesucristo, CRISTIANDAD, a los veinticinco años de su fundación renueva el propósito de ser fiel a su vocación, señalada ya desde el primer momento y proclamada en su lema.

Y alienta y mantiene esta esperanza el equipo de jóvenes redactores de CRISTIANDAD que actúan ya mientras se forman en SCHOLA CORDIS IESU en la línea en que se formaron los «antiguos» y son garantía de continuidad en la misma actitud: estar al día «*sin ceder ni un punto en su ortodoxia*».

Nuestros felices augurios a esta promoción juvenil para que dentro de otros veinticinco años en plena madurez pueda celebrar las Bodas de Oro de CRISTIANDAD.

*Artículo publicado en el XXV aniversario de la Revista (abril de 1969)



!Viva España, madre de América!*

La Madre patria

Así han nombrado siempre a España las naciones de la América Hispánica. Así la han nombrado los jefes de las naciones que recientemente han visitado nuestros reyes acompañando a este grito los «vivas» y aplausos de la multitud entusiasta que los aclamaba.

Es el grito que brota espontáneo por atavismo de raza, porque en realidad España ha hecho por esas naciones lo que hace una madre: les ha dado vida y les ha dado amor.

España no destruyó los aborígenes, sino que les dio libertad desde los primeros tiempos; no los confinó en «reservas» como razas a extinguir, ni los mantuvo en la ignorancia para mejor explotarlos como esclavos, ni las confió a «compañías» que con implacable crueldad cobraban odiosos tributos incluso sometiendo a los nativos al martirio.

No, España llevó consigo y dio con generosidad a esas nuevas nociones su religión y su cultura desde su gestación hasta su «mayor edad», su independencia, culminando así la realidad de un hecho que supera al sueño que podría parecer más inverosímil.

En pleno Renacimiento de un mundo viejo se halló un Mundo Nuevo. Es el más importante y pasmoso descubrimiento que registran los anales de la humanidad!

Y esta gesta gloriosa, tejido de lo vulgar y lo sublime comenzó a tener realidad en el momento en que Rodrigo Sánchez de Triana dio el grito anhelado de «tierra», después de una larga y penosa navegación incu-

bada desde que un pobre viajero, llevando de la mano a un niño llamó, pidiendo pan y asilo, al convento franciscano situado en lo alto del peñón de Santa María de la Rábida y propuso a su Prior la realización de un sueño maravilloso.

El Prior tenía influencia en la Corte; las negociaciones fueron largas y laboriosas pero todos los obstáculos los venció la fe de la Reina que, con clarividente intuición femenina calculó que la empresa tenía relativamente poco riesgo en comparación de las incalculables ventajas que prometía.

Tres carabelas salen del puerto de Palos para acometer la aventura; deshacen el mito del «mar tenebroso» y el 12 de octubre de 1492 la pequeña parcela que en Europa constituía el Reino de Fernando e Isabel, se engrandece con medio mundo más hasta entonces desconocido.

Primacía y extensión de América Hispánica

Colón, el que buscó hospitalidad en Santa María de la Rábida, es recibido a su vuelta a España, por el pueblo y por los reyes, a la manera como los romanos recibían a los generales victoriosos. Iníciase entonces una corriente impetuosa y constante de exploradores españoles que en cien años «hicieron más en América que en trescientos todas las naciones de Europa juntas».

Colón conoce las islas del Caribe y solo en su cuarto viaje toca el continente.

Hernán Cortés explora y conquista México; la mitad del territorio de lo que es hoy los Estados Unidos, incluyendo el dorado jardín de California que Fray Junípero Serra esmaltó de ciudades que «bautizaba» con el nombre de los santos que había en los altares del pueblo mallorquín donde había nacido: San Francisco, San Diego, Los Angeles...; Pizarro gana el Perú; siguen La Florida, el Yucatán, Bolivia, Venezuela, Ecuador, Paraguay, Colombia, Argentina, Chile..., es decir, desde el nordeste de Kansas hasta el cabo de Hornos era una vasta posesión española.

Además, Vasco Núñez de Balboa, después de terrible caminata a través del istmo descubre un mar desconocido, el Pacífico; entra en él con agua hasta la rodilla, blandiendo en una mano la espada y alzando en la otra la cruz y el pendón de Castilla, toma posesión del mayor de los océanos en nombre del rey de España.

*Esta afirmación antecede a la firma del autógrafo de Charles F. Lummis, nacido en Lynn, población del estado de Massachusetts, en 1859, y que asociado a A. F. Bandelier, aplicando métodos científicos al estudio de la historia recorrieron Tejas, Colorado, Uta y Arizona en los Estados Unidos; Méjico, América Central; Perú, Bolivia, Chile... visitando los parajes donde se desarrollaron los principales hechos de los exploradores españoles. Su intención al publicar el libro *Los exploradores españoles del siglo XVI* afirman en el mismo que es rectificar los juicios y falsas deducciones de historiadores cuya popularidad ha servido para difundir más sus errores. Hoy, que se estudia la historia como ciencia y se funda principalmente en documentos, ningún hombre estudioso se atreve a citar a Prescott o Irving o cualquier otro de sus secuaces como autoridades en Historia; hoy sólo se les puede considerar como brillantes novelistas. (Muchos datos del presente artículo son tomados de este libro y del de Frank Debenham: *Descubrimientos y exploraciones*. [Nota de María Asunción López Suñé. El artículo pertenece a un número dedicado a la Hispanidad (febrero-marzo de 1977).])

Madre de América

Si parece justificado que las naciones de Hispanoamérica llamen a España «Madre patria» puede parecer tal vez excesivamente ambicioso llamarla Madre de América. Sin embargo no vacila en llamarla así el norteamericano Charles F. Lummis y nos proporciona datos que lo justifican.

Llegó España un siglo antes de que los anglosajones parecieran darse cuenta de que realmente existía un nuevo mundo y, Jamestown, la primera población inglesa en América del Norte, no se fundó hasta 1607, es decir, que fundaron los españoles sus ciudades miles de millas tierra adentro mucho antes de que el primer anglosajón desembarcara allí.

Un teniente español con veinte soldados atravesó un desierto y contempló la mayor maravilla de América del Norte, y acaso del mundo, el gran Cañón del Colorado, mucho antes de que pudieran contemplarlo ojos norteamericanos.

Sondearon el mayor de los golfos, descubrieron los mayores ríos y construyeron los primeros buques que se hicieron en América.

La cultura

Tomaremos las mismas palabras del propio Lummis: «Una de las cosas más asombrosas de los exploradores españoles casi tan notable como la misma exploración es el espíritu que desde el principio hasta el fin caracterizó sus instituciones. Algunas historias que han perdurado pintan a esa heroica nación como cruel para los indios; pero la verdad es que la conducta de España en este particular debiera avergonzarnos... ellos enseñaron a los indígenas la lengua española y la religión cristiana. Ha habido en América escuelas españolas para los indios desde 1524. Por 1575 —casi un siglo antes de que hubiera una imprenta en la América inglesa— se habían impreso en la ciudad de Méjico muchos libros en doce diferentes dialectos indios; tres universidades tenían casi un siglo de existencia cuando se fundó la de Haward...»

La legislación española referente a los aborígenes es «incomparablemente más extensa, más comprensiva, más sistemática, que las de otras naciones europeas que años más tarde se establecieron en las regiones del norte...».

Los españoles abrieron las primeras iglesias y construyeron las magníficas catedrales que aún hoy admiramos, fundaron escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas, publicaron los primeros libros, escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías, y antes de que en Nueva Inglaterra hubiera un verdadero periódico, ya se había hecho un ensayo en México.

La Religión - Santa Rosa de Lima

Junto con el ansia de descubrimiento y de conquista unía España el celo por la Religión, su afán por dilatar la Fe, por transmitir el mensaje de Cristo. Llevan la Cruz en las velas de sus naves; al pisar tierra, se celebra la Santa Misa y con nombre de santos bautizan las tierras que van conquistando. En todas las naves que parten hacia el Nuevo Mundo nunca falta el hábito gris de los franciscanos y la blanca librea de los mercedarios y dominicos.

Es imposible siquiera esbozar aquí la labor efectuada por los misioneros.

Pero podemos señalar «entre los innumerables ejemplos de testimonio cristiano que la América recién nacida ofreció cual retribución al celo religioso de los descubridores, un tesoro de santidad para los reinos españoles de aquende y allende el océano: Santa Rosa de Lima.

«Rosa, limeña, hija de hidalgos y de tradicional pobreza; Rosa, la tan criolla, en el quieto oratorio de su jardín, unida místicamente a Cristo y María, escucha sus divinos mensajes. Y así como el huerto de Rosa de Lima florecía en especies nuevas de perfumes hasta entonces desconocidos, la nueva tierra americana, tierra de Cristiandad, irrumpía con su Santa en la historia, afirmando su santidad e intuyendo su destino.

»Hijas todas de la Hispanidad, las naciones hispanas del nuevo continente, su existencia misma pende de la finalidad a la causa trascendente que las engendró. En esta hora de esperanza para nuestras patrias, impetramos de Santa Rosa de Lima, PATRONA DE AMERICA, la ayuda sobrenatural que sostenga nuestra empresa por la reconquista de un nuevo mundo para Cristo.»**

** Del artículo «Santa Rosa de Lima» publicado en la revista *Verbo* de Buenos Aires, correspondiente al 6 de agosto de 1976.

Schola Cordis Iesu, hoy*

Para darse cuenta de lo que es hoy SCHOLA CORDIS IESU en Barcelona lo más práctico es «verla», «mirarla» en su ambiente, en sus miembros actuando en una de las reuniones habituales, por ejemplo, las conferencias de los sábados.

Se dan por la tarde, al anochecer, pero ya a las cinco y media empiezan a llegar los socios antiguos, los matrimonios, los jóvenes, los niños... y llegada la hora se sitúan los mayores en la sala de conferencias; los niños, los bebés, quedan al cuidado de un «canguro»; hasta los seis años les pasan, en otra habitación, filminas alternando con catequesis adecuada a su edad y los ya mayorcitos, que han hecho la Primera Comunión, se preparan para las lecturas que alternativamente efectuarán en la Misa que se dice después de la conferencia y reciben al propio tiempo catequesis para la formación ya más avanzada.

La sala de conferencias, desde siempre, y sin buscarlo, resulta en su conjunto simbólica. Es muy espaciosa con tres grandes balcones que dan a la galería; las paredes completamente cubiertas desde el suelo hasta el techo por estanterías llenas de libros referentes a la historia y la filosofía; un pequeño hueco entre dos estanterías deja el espacio suficiente para un cuadro, relativamente pequeño, del Corazón de Jesús dibujado por Santa Margarita María de Alacoque, y el acto de Consagración escrito por la misma Santa. Debajo otro cuadro, más pequeño, con el escudo del Apostolado de la Oración y su leyenda «ADVENIAD REGNUM TUUM». En el testero y como presidiendo, en la misma estantería de los libros, un nicho en el que está la imagen de Jesús entronizado, es decir, la imagen de CRISTO REY, presidiendo y centrando la historia del mundo y del pensamiento; enfrente, al otro lado de la sala, el altar¹ cerrado por una mampara cuando no se oficia la Misa, y junto una pequeña sacristía con el cuadro del Beato Claudio de la Colombière y otro de la Santa Faz.

Debajo de la imagen de Cristo Rey la mesa del conferenciante. Preside la reunión el R. P. Consiliario, a su izquierda acostumbra a estar uno de los más antiguos socios de SCHOLA CORDIS IESU representando la primera generación de «Scholares», formados directamente

por el mismo fundador R. P. Ramón Orlandis, S.I. A la derecha del Consiliario, el conferenciante, que acostumbra ser un miembro de Schola, más joven que los de la primera generación, pero mayor que los de la segunda, es decir, de los que tuvieron tiempo de oír y captar el espíritu que a la asociación quiso darle el Fundador y constituyen lo que podríamos llamar los «eslabones intermedios» que unen la primera y la segunda generación de Schola. Ni que decir tiene que sus conferencias transmiten lo asumido en la enseñanza directa del P. Orlandis versando sobre la historia, la Sagrada Escritura, El Génesis, el Apocalipsis, la Parusía, los dones del Espíritu Santo... acompañadas de lecturas escogidas sobre el asunto de que se trata y con mucha frecuencia ilustradas con las diáfanas sentencias y definiciones de Santo Tomás.

La segunda generación la constituyen los que, ya muerto el P. Orlandis, llegaron a Schola siendo estudiantes, la mayoría ingenieros, ya formados con base de educación cristiana pero con «sujeto» para comprender, en el ambiente de Schola, que «vivir» es algo más trascendente que el hecho de estar en el mundo y respirar, aun situándose por su carrera en posición privilegiada. Por lo tanto adaptándose a los Estatutos de Schola Cordis Iesu y a fin de emplear su talento y dotes especiales a la mayor gloria de Dios, estudiaron historia y filosofía como medio más apropiado para ejercer el apostolado en plan de unir a las «intenciones por las que Jesús se ofrece continuamente en el Santo Sacrificio del altar» según el acto de ofrecimiento diario de los miembros del Apostolado de la Oración.

Estos, que vinieron siendo estudiantes, ellos y ellas, ya no lo son, se han casado; son padres y madres de familia ejemplares, tienen un hogar que, como dijo Paulo VI, constituye para sus hijos «una iglesia doméstica» y en los que la gracia del sacramento los hace modelos de la fidelidad y amor que dignifica y ennoblece el inextinguible afán que perpetúa la vida.

La tercera generación la constituyen sus hijos y los jóvenes estudiantes llegados de nuevo. Jóvenes sanos de cuerpo y alma, limpios de corazón que aportan ya desde ahora el vigor la actividad y la fuerza de su espléndida juventud.

*Artículo publicado en un número monográfico con motivo de la aprobación de los estatutos de Schola Cordis Iesu para toda España.

1. Este altar es auténtico del siglo xvii, una joya, adquirido por uno de los de la primera «generación» y pagado, literalmente, con una joya puesto que para adquirirlo vendió un precioso brillante que poseía. La imagen de la Virgen es una notable copia del cuadro de un pintor mejicano también del siglo xvii.

Ilusión que se realiza

En el número de CRISTIANDAD 331 (la revista fundada por Schola en el año 1944), publicado a raíz de

la muerte del P. Orlandis hay un esbozo de su biografía, desde la partida de bautismo del «Noble Señor Ramón Nonnato Orlandis Despuig» hasta el día de su muerte, junto con otros artículos explicativos de algunas etapas y actividades de su vida.

Y fue entonces cuando el conocido escritor Manuel de Montoliu dijo: *«la figura del P. Orlandis se levanta cuando precisamente entra en la sepultura»* porque verdaderamente en él se repetían aquellas frases evangélicas: «Nadie es profeta en su patria» y «los suyos no le recibieron, ya que, aparte de los socios de SCHOLA CORDIS IESU, muy pocos apreciaron el valor de sus enseñanzas y el alcance de la obra por él concebida.

También a los mismos «scholares», andando el tiempo, les parecía ver crecer y aumentar el impacto de la impresionante personalidad que creían haber del todo conocido.

En este aspecto podemos colocar lo que parecían sus «intuiciones». Siempre se consideraron como originalidades de su genialidad y tendencias que si no dichas abiertamente las expresaba en sus poesías generalmente dedicadas a Santa Teresita del Niño Jesús, pues era un «enamorado» del Amor Misericordioso del Sagrado Corazón, tal como ella lo expone; del abismo de amor de caridad en el «corazón de la Iglesia» que ella quiere ser y lo expresa en sus «vocaciones»; de la tutela de María Virgen sobre los hombres fundidos en el Cuerpo Místico con su Hijo Jesús.

Pues bien, esas «intuiciones» han subido de categoría. Hoy podríamos llamarlas «proféticas» ya cumplidas o cumpliéndose en la actualidad. Una de las cumplidas está en el fragmento de poesía que sigue:

Místico seno tengo yo en ella,
místico albergue para Jesús,
místicamente yo le concibo,
místicamente lo doy a luz.

¡Cálculése cuál sería la gozosa sorpresa de los que la conocían cuando inesperadamente el Papa Paulo VI proclamó a la Virgen MADRE DE LA IGLESIA en el Concilio Vaticano II!

También dos presagios parecen incluir los versos sueltos de otra poesía:

Ya la terra sonriu en primavera,
ja el món torna florir

ara s'obrin les flors per las planuras
ara s'obrin les flors per los turons,
ara s'obrin també per no tancarse
les meves ilusions.

Todos los que asistieron a su entierro fueron testigos de que en el trecho de jardín que va desde la iglesia al pequeño cementerio que tienen los PP. Jesuitas en la Facultad Teológica de San Cugat del Vallés el ataúd del P. Orlandis fue llevado bajo almendros floridos, por lo que bien podía decirse que para él empezaba una «primavera».

Pero también las últimas líneas del verso que copiamos tienen relación con el presentimiento del tiempo en que habían de realizarse para «nunca acabar sus ilusiones». Se fundaba en la audaz afirmación de Santa Teresita de que «pasaría su cielo haciendo bien en la tierra» y que «bajaría». Con lo que parece indicar la expansión universal que adquiriría el «caminito» indicado en la biografía de una monjita enclaustrado en un convento de provincia que murió a los 24 años y cuya apariencia hasta entonces pudo dar lugar a que el día de su muerte dijera una de las Hermanas del convento: *«Muy apurada se verá la madre superiora para decir algo de la Hermana Teresa porque nunca ha hecho nada de particular.»*

Pues bien la primavera que anunciaban los almendros floridos del día del entierro del P. Orlandis, trajeron sus consecuencias lógicas; las flores se convirtieron en frutos y su obra considerada tan insignificante para muchos de sus contemporáneos que creían iba a morir con él, no sólo subsistiría sino que adquiriría tan amplios vuelos que tiene probabilidades, poco aventuradas, de convertirse en nacional o internacional.

Y si tal como nosotros ahora «vemos» al «mirar» Schola el inicio de la realización de aquellas ilusiones «que se abrirían para nunca más cerrarse» después de la «primavera» y recordamos su deseo, como el de Santa Teresita, de pasar su cielo haciendo bien en la tierra, y de «bajar». ¡Qué espectáculo más sabroso debe ser para él! ¡Qué gozo ver el fruto de sus enseñanzas en conferencias tan ricas de contenido que abren horizontes, despiertan la reflexión e inducen a la meditación y hasta a veces a la contemplación! ¡Qué realidad tan viva en esos matrimonios, qué esperanza en esos jóvenes, qué promesa en esos niños!

Y si tenemos en cuenta la fina sensibilidad de su corazón, ¡qué emoción experimentaría el día que un nieto de los de la primera generación de Schola hijo de padre y madre de la segunda, con la voz blanca de sus 10 años renovó ante el altar, en la Misa, el acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, por él propuesto, y la encantadora recitación del «Verge y Mare de Déu», de una niña que por la mañana había hecho la primera comunión!

Otros artículos de este número dan noticia de las actuaciones, propósitos y proyectos de SCHOLA CORDIS IESU. Este es solamente como el cuadro de una filmina de las reuniones del sábado.

M^a Asunción López: una vida y un librito

«Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que en ti esperan y de que nada puede faltar a quien de ti aguarda todas las cosas, que he resuelto vivir en adelante sin cuidado alguno, descargando sobre Ti todas mis inquietudes. En paz me duermo y al punto descanso, porque Tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza» (Sal 4,10)

Este precioso texto, primer párrafo del Acto de Confianza, compuesto por san Claudio de la Colombière, viene a ser la actitud que tomó M^a Asunción López en su vida.

Desde que el P. Orlandis la conoció y le convenció de que la devoción al Corazón de Jesús era el camino que ella debía seguir, M^a Asunción no se preocupó de otra cosa que de ir por él; y así desde la mañana hasta el final de la tarde trabajaba para la expansión de esta devoción, ya fuera escribiendo para la revista CRISTIANDAD, ya pasando a máquina tesis y tesis de doctorado de filosofía, historia, sociología, de miembros de Schola, ya recibiendo el dictado de conferencias, ya atendiendo a los celadores del Apostolado de la Oración. Ni su fuerte carácter, ni las oportunidades profesionales que se le ofrecían, por su licenciatura en historia, pudieron desviarla de él. Este fue el gran ejemplo de su vida:

« vivir, en adelante, sin cuidado alguno, descargando sobre Ti todas mis inquietudes»

Fruto de esta vivencia y de sus conocimientos de historia, M^a Asunción escribió en la revista unos artí-

culos con un sentido histórico, que sólo un alumno fiel al maestro, el P. Orlandis, podía hacer y al mismo tiempo, con una redacción amena, que su gracia personal poseía. Sobre todos ellos hay una joya preciosa que quiero destacar, porque ha servido de estímulo y ánimo a muchos niños y jóvenes a introducirse en la devoción al Corazón de Jesús; un pequeño libro, al cual ella misma no daba importancia, porque nada de lo que

ella hacía le parecía importante, pero que está escrito con una gracia y un espíritu apostólico que hacen que el lector se vaya introduciendo poco a poco en el Corazón de Jesús. Este libro se titula «¿Sabes desde cuándo nos aman los Corazones de Jesús y de María?».

M^a Asunción fue una persona muy trabajadora y eficiente y dicho librito es el mejor regalo que nos ha dejado, porque es la explicación de un alma sencilla a otras almas sencillas de lo que es la devoción al Corazón de Jesús. Podríamos decir que en este librito, porque no llega a libro, se nota la infancia espiritual que había en el alma de M^a Asunción López.

Debemos dar gracias a Dios por el don que hizo a Schola Cordis Iesu en M^a Asunción y de lo que nos ha queda-

do de ella, una vida entregada al Corazón de Cristo y un librito.

¡El mismo habrá colmado, a saciedad, sus ansias de esperanza!



GERARDO MANRESA PRESAS
Presidente de Schola Cordis Iesu

«¿Sabes desde cuándo nos aman los Corazones de Jesús y de María?»

CAPÍTULO XII

REVISTA EN CUARENTA Y DOS IDIOMAS

Un hecho, al parecer insignificante, pero que como el granito de mostaza del Evangelio, germinaría en un árbol frondoso para cobijar toda la tierra, tenía lugar el 3 de diciembre de 1844, el día de S. Francisco Javier, en el Colegio de los PP. Jesuitas de Vals, en Francia.

A unos jóvenes filósofos, ansiosos de trabajar por la gloria de Dios, el P. Gautrelet les indicaba *«que con el mayor fervor posible ofrecieran todas las oraciones, obras y sufrimientos, según la intención con que el Santísimo Corazón de Jesús se ofrece en la Eucaristía y para hacerles evidente la fuerza de esta oración entre sí y con el Corazón de Jesús, escribió un librito, que termina con esta sentida plegaria: «¡Oh Jesús! Vos lo habéis dicho en los días de vuestra vida mortal, DONDE VARIOS SE REÚNAN EN MI NOMBRE YO ESTOY CON ELLOS, estad entre nosotros por vuestra infinita ternura del mismo modo que nos unimos en una misma oración.»*

Pero sucedió que aquellos filósofos fueron destinados a diferentes casas, y falta de lazo de unión, la obra languidecía. En estas condiciones, el P. Gautrelet, que no se veía con ánimos para levantarla, se la traspasó al P. Enrique Ramière, que, ardiente enamorado de Jesucristo, con su temperamento enérgico, su visión clara, su saber teológico profundo y su celo inflamado, dio a la obra la adecuada dirección y el impulso necesario.

Al decir que dio a la obra el impulso necesario, seguramente que esta frase no sería del agrado del P. Ramière, pues él la consideraba como un tren cargado de ricas mercancías, pero que precisa una locomotora para que llegue a su destino; es decir, un motor que impulse los vagones y los arrastre, y este motor lo veía en el Corazón de Jesús, así es que puso como primera condición a sus asociados la unión con este Divino Corazón.

La eficacia que ha de tener esta unión con el Corazón de Jesús salta a la vista. Es como si un pordiosero que ha recogido un real tiene la proporción de aliarse, de formar compañía con el hombre más rico del mundo, y que la condición única que se le impone para hacer esta alianza es unir los capitales y tener los intereses comunes.



El P. Gautrelet expone a unos novicios la obra del Apostolado de la Oración (ilustración del libro ¿Sabes desde cuándo nos aman los corazones de Jesús y de María?)

—No creo que hubiera nadie tan generoso para hacer esto —dice Antonio moviendo la cabeza con aire de duda.

—¿Y si el pobre fuera tan querido de este señor, rico y poderoso, que hasta estuviera dispuesto a dar la vida por él para salvarlo de su miseria, porque sin su ayuda corría a la perdición?

—Entonces sí, porque no haría compañía con el pobre por la ventaja que pudiera traerle la aportación del real, sino buscando un pretexto para favorecerle.

—¿Y qué te parecería si entonces el pobre se negara a dar su real y por no darlo renunciara a formar la compañía y los beneficios que había de reportarle, o por desidia no se preocupaba de la oferta?

—Sería un estúpido, un necio; más todavía, un loco.

—Pues ahí tienes explicado de un modo gráfico lo que es el APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, que ése es el nombre de la Asociación que tomó a su cargo el P. Ramière, y lo que significa la oración que rezamos cada día. ¿La recuerdas?

—¡Ya lo creo!: *«¡Oh Corazón Divino de Jesús! Por medio del Inmaculado y Maternal Corazón de la Bienaventurada Virgen María, os ofrezco las ora-*

ciones, obras y padecimientos de este día en reparación de nuestros pecados y por todas las intenciones por las cuales Vos os inmoláis continuamente en el Santísimo Sacramento del Altar. Os las ofrezco en especial...

—Ya ves, por medio del Corazón Inmaculado y maternal de María, le ofrecemos al Corazón de Jesús nuestras obras, trabajos y deseos de reparación; es decir, NUESTRO MISERO REAL, para juntarlo a las intenciones y súplicas de valor infinito por las cuales murió y firmó con su sangre el documento que hace válida esta compañía que quiere hacer con nosotros. ¡Mira si es locura que nos atrevamos a negarle nuestro pobrecito real!, pues lo único que exige es que, al dárselo, tengamos confianza en Él.

¿Y qué te parece? ¿Podemos tenerla? ¿Qué crees que pedirá y procurará este misericordiosísimo Señor para el pobre a quien ama hasta el punto de haber ideado una tal sociedad para favorecerle?

—Pues los mayores bienes posibles.

—Así es; y, por lo tanto, el mayor cuidado de este pobre ha de ser cultivar el amor que ya le tiene su Soberano Señor, confiándose del todo a Él, y como amor sólo con amor se paga, amarle con todas sus fuerzas, sobre todas las cosas, y amar a sus prójimos porque son su imagen y porque Él les ama.

Con esto se ve claramente lo que dice vuestro Catecismo, que la devoción al Corazón de Jesús y la unión con Él, entrañando el amor de Dios y el amor del prójimo constituye *la síntesis de la religión y la norma de vida perfecta, y no debería haber un solo cristiano que no la practicase.*

¡Mira si es grande en su sencillez la obra que organizó el P. Ramière!

Por ese tiempo (la segunda mitad del siglo pasado), y por medio precisamente del Apostolado de la Oración, la devoción al Corazón de Jesús ya era conocida en todas partes, a pesar de que oficialmente se iba llegando a la apostasía de los Estados.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo puede un Estado apostatar?

—Quiere decir, sencillamente, que el Gobierno se desentiende de la religión que puedan tener sus súbditos o ciudadanos. De un modo oficial se llaman «estados laicos», o sea sin religión, pero prácticamente equivale a limitar los derechos de la religión católica y levantar el nivel de las falsas para que, poniéndolas a la misma altura, resulten indiferentes, y de hecho, quede proscrito Jesucristo de la sociedad. La prueba es que actualmente casi todos los gobernantes y diplomáticos se avergüenzan de confesar a Jesucristo públicamente.

Sin embargo, como te iba diciendo, al lado de la apos-

tasía oficial, la devoción al Corazón de Jesús va creciendo, y el Apostolado le dio una organización tan perfecta, que actualmente continúa del mismo modo que la dispuso el P. Ramière. Los celadores que tienen a su cargo un determinado número de socios, como están en relación directa con los dirigentes, pueden transmitirles fácilmente y con toda exactitud las consignas y disposiciones. Como ves, no puede ser más sencilla, pero es tan buena y eficaz, que los comunistas, hábiles como todos los hijos de las tinieblas, la han copiado para acoplar lo que ellos llaman «células» y nosotros llamamos «coros».

Con el Apostolado se reglamentaron las comuniones i reparadoras de los Primeros Viernes y la Hora Santa de un modo práctico y definitivo; se hicieron las consagraciones y la fiesta solemne del Sagrado Corazón; es decir, se cumplen todas las peticiones del Corazón de Jesús, y como al P. Ramière no se le ocultaba el poder formidable de la prensa, dotó a la Asociación de una revista mensual, que llamó *El Mensajero del Corazón de Jesús.*

—¿Es el mismo que recibimos ahora?

—Exactamente. El primer número apareció en 1861, y se difundió tan rápidamente, que aun antes de la muerte del P. Ramière, contaba con catorce ediciones en lenguas extranjeras. En España se hizo la primera edición en catalán y a principios de este siglo, ya las ediciones eran sesenta y nueve, y se publicaba en cuarenta y dos idiomas. Es un éxito editorial quizás único en la historia de la prensa. «Una revista con una misma consigna en tantos países (las intenciones que actualmente da el mismo Papa), redactada y dirigida con un mismo espíritu (la unión de oraciones con Jesús por medio del Corazón Inmaculado y maternal de María) al servicio de una misma obra, que sostiene bajo la dirección del Papa la unidad de acción religiosa entre 37 millones de asociados dispersos de un extremo a otro del mundo.»

El celo y el acierto del P. Ramière ha hecho que a partir de este momento la Historia de la Devoción al Corazón de Jesús pueda seguirse con la del Apostolado de la Oración, que la hace crecer continuamente. En 1884 contaba ya con 28.875 centros.

También se debe a la tenacidad e insistencia del santo P. Ramière el que Pío IX consagrara la Iglesia al Corazón de Jesús, en el Año Santo de 1875, la construcción de la Basílica de Montmartre en París y el Voto Nacional de Francia al Sagrado Corazón.

¡Aun no estaba satisfecho! Su ideal era la consagración *del mundo* al Corazón de Jesús. El Señor quiso que esta fiesta la viera estando ya en el cielo, porque en el mundo quería valerse para ello de una religiosa.

CAPÍTULO XIII

UNA CONDESA ALEMANA SE HACE SANTA EN PORTUGAL

—El que consagró el mundo al Corazón de Jesús fue el Papa León XIII, y nada dice el Catecismo de esa religiosa que tú me hablaste ayer —dice Antonio antes de empezar la explicación de su hermana.

—Claro está que la consagración la hizo el Papa; nadie fuera de él podía hacerla, pero el mensaje de parte de Dios le fue transmitido por una condesa alemana que se hizo santa en Portugal.

—Empieza, pues, contándome quién era esta señora y cómo fue esto.

—Se llamaba María, nació en el castillo de Darfeld, cerca de Munster, en Westfalia; era rica, noble, inteligente. Su padre, el Conde Droste zu Vischering y sus tíos se distinguieron como los más valientes defensores de la religión católica en el Reichstag alemán, dominado entonces por la fuerza del Canciller de Hierro, Bismark, y frenando los avances del Kulturkampf.

—¿Qué es el Kulturkampf?

—Literalmente quiere decir «marcha hacia la cultura», que tenía otro cariz y otro aspecto que el movimiento cultural francés representado por la *Enciclopedia*. Sin embargo, los frutos de aquélla se unieron a los de este movimiento, pues los dos tenían de común ir contra la Iglesia Católica.

Pues bien, esta niña creció entre sus piadosísimos padres y hermanos, en el clima de la devoción al Corazón de Jesús según las revelaciones de Paray-le-Monial que ella juntaba en su espíritu con el amor a la Eucaristía. En sus coloquios interiores, en su oración, oyendo devotamente la palabra divina, siente la llamada misteriosa de Jesús, y, sin oponerle ningún obstáculo se apresura a responder solicitando ser admitida en las misiones de Dinamarca. No era allí donde la quería el Señor. La falta de salud no sólo retrasa la entrada, sino que la impide ser admitida en aquella Congregación. Siguen dudas, quizá hasta desánimo, desorientación, pero pasado un tiempo, estando en una casa de campo, oye repique de campanas en un convento cercano: es el Buen Pastor que la llama para que cuide sus ovejas extraviadas. La tarea repele su educación refinada, pero el amor al Corazón de Jesús vence esta repugnancia. Tiene un sueño misterioso: Un desconocido hablando en lengua extraña, la conduce a un país lejano, muy distinto de Alemania, que tiene casitas con ventanas pintadas y tejado rojizo; un país con naranjos y limoneros, olivos y almendros que trepan por las montañas en bancales escalonados y parecen castillos de flores abiertas al cálido sol de Iberia.



La condesa María Droste zu Vischering (ilustración del libro ¿Sabes desde cuándo nos aman los corazones de Jesús y de María?)

—¡Qué maravilloso!, pero no se debe hacer caso de los sueños.

—Verás, a veces son avisos de Dios, pero lo que ocurre con más frecuencia aunque sea esto, es que no se les da la interpretación debida hasta que se han realizado.

—¿Y sucedió así en este caso?

—Desde luego que así puede interpretarse con las reservas que hay que guardar siempre, pero podría decirse que fue profético.

—¿Qué sucedió pues?

—Pasados unos años haciendo vida religiosa en su casa, ingresó en el convento del Buen Pastor, y por circunstancias que no hubieran podido preverse, fue destinada a Portugal. Al dirigirse allí, pasó por España, estuvo aquí, en Barcelona, y fue también a Manresa. Estando en oración en la cueva de S. Ignacio, el Señor le ofreció la Cruz que había de hacerla santa. Si tenemos en cuenta que allí, en aquella cueva, escribió S. Ignacio (enseñado del mismo Dios, como un niño escribe al dictado de su Maestro y bajo el amparo de la Virgen María) el primer llamamiento de Cristo Rey, ¿no hace pensar que el extranjero desconocido del sueño, podría ser

este hidalgo español, que abandonó los estandartes del Emperador para reclutar soldados y enrolarlos en el ejército del Rey del Cielo?

—Claro que debe ser así si allí le ofrecieron la cruz que había de hacerla santa, y ¿cual fue esta cruz?

—Espera, que aún hay más afinidades con el sueño. Parece que el Señor cuando se lo mandó, estaba impaciente por mostrarle el país donde había de encontrar la palma y la corona que ha prometido a los que pelean por Él. Pero vamos a continuar y no interrumpas más.

María, que al cerrarse tras ella las puertas del convento, había dejado de ser la rica heredera y la condesa, fue modelo de todas las virtudes, sobresaliendo en la humildad de corazón. Sus comunicaciones con Dios eran continuas, y la gracia sobrenatural le daba tal acierto en los asuntos temporales, que la mandaron de superiora a la casa de Oporto, como última providencia, pues eran tantas las dificultades por las que atravesaba aquella fundación, que hasta se intentó cerrarla.

La condesa Droste zu Vischering, que en religión se llamó Sor María del Divino Corazón, al llegar a Oporto, reconoció las casitas con ventanas pintadas y tejado rojizo trepando por los aledaños del monte entre olivos y naranjos, tal como había visto en el sueño, y valiente y decidida, afrontó la situación difícil que se le presentaba y consolidó la casa con milagros de habilidad y de virtud.

Entonces el Señor, que ya hacia tiempo la regalaba hablándole al corazón, le pidió no sólo el sacrificio de la vida, sino el dolor de una enfermedad espantosa. Lo que tuvo que padecer es inaudito. Constituía un martirio para los que la rodeaban ver la intensidad de sus dolores, y aun inmóvil, clavada en el lecho y en medio de atroces sufrimientos, continuaba su apostolado con las asiladas y las de fuera.

Había aceptado la cruz que era el sostenimiento de la casa de Oporto y los sinsabores que le había de producir, había aceptado la enfermedad que sufría con heroica alegría, pero nada de esto era todavía su principal misión. Ya hacía tiempo que ella la sabía, y, ahora, agonizante casi, el Señor la apremiaba para que la cumpliera. Por fin, venciendo su humildad, escribe al Papa, que era entonces nada menos que León XIII, diciéndole que el Señor desea y espera de él que consagre el mundo al Corazón de Jesús.

—Y el Papa le hizo caso, porque fue precisamente León XIII el que hizo esta consagración en 11 de junio de 1899. Lo dice así el Catecismo.

—Le hizo caso en cierta manera. Sí que hizo la consagración, pero no en seguida que recibió la carta, sino que la entregó a los Cardenales y les dijo que estudiaran el asunto, pero precisamente prescindiendo de la carta.

—¿Por qué, si el Corazón de Jesús se lo había pedido?

—Pues porque las decisiones pontificias no pueden inspirarse en apreciaciones personales y revelaciones privadas, aunque como en este caso ofrezcan todas las garantías, incluso la prueba de que el Papa curase de una enfermedad que hacía temer un fatal desenlace, dado lo avanzado de su edad, lo cual le había sido predicho por Sor María del Divino Corazón, agregando que el Señor le conservaba la vida, únicamente para que pudiera llevar a cabo la Consagración.

De todos modos, los Cardenales estudiaron el asunto concienzudamente, y movidos por el Espíritu Santo apreciaron que era conveniente, no sólo por lo que decía Sor María del Divino Corazón, sino por el estado del mundo, que ya hemos visto era muy caótico y malo.

Entonces el gran Pontífice León XIII, el glorioso y santo Pontífice, el eminente sabio, el preclaro humanista, el esclarecido sociólogo, verifica, según dice él mismo, EL ACTO MÁS GLORIOSO DE SU PONTIFICADO y consagra solemnemente el mundo al Corazón de Jesús, anunciando en la encíclica ANNUM SACRUM:

«Cuando la Iglesia en los tiempos cercanos a su origen era oprimida por el yugo de los Césares, la Cruz vista en la altura fue a un joven emperador signo y causa al mismo tiempo, de la amplísima victoria lograda inmediatamente.»

«VED OTRO SIGNO QUE SE OFRECE HOY A NUESTROS OJOS, FAUSTÍSIMO Y DIVINÍSIMO, A SABER: EL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS CON LA CRUZ SUPERPUESTA, RESPLANDECIENDO ENTRE LLAMAS Y CON ESPLÉNDIDO FULGOR. EN ÉL HAN DE COLOCARSE TODAS LAS ESPERANZAS, EN ÉL HAY QUE ESPERAR LA SALVACIÓN DE LOS HOMBRES.»



Timor, martirio a las puertas del Jubileo

JORGE SOLEY CLIMENT

El mundo entero ha sido sacudido por los sucesos desencadenados en Timor oriental; una vez más podíamos contemplar una constante de nuestro siglo que acaba: el genocidio perpetrado sobre un pueblo indefenso y la persecución y martirio de la Iglesia. Pero a pesar de que sólo ahora los países occidentales vuelven los ojos hacia Timor, la cuestión se remonta a bastante tiempo atrás. Concretamente al 7 de diciembre de 1975, fecha en la que Timor oriental, antigua colonia portuguesa (la parte occidental, dominada por los holandeses, se integró en Indonesia en 1950, cinco años después de que Indonesia se independizase de Holanda), fue invadida por las tropas indonesias, convirtiéndose en la vigésimo séptima provincia de Indonesia, el mayor país musulmán del mundo.

La complicidad de Estados Unidos fue patente, como lo prueba el hecho de que horas antes de la invasión el presidente Gerald Ford y Henry Kissinger visitaron Yakarta y se entrevistaron con el presidente indonesio Suharto. Diez años antes, en 1965, tras sufrir el trauma de Vietnam y ante el auge del partido comunista indonesio liderado por Sukarno, los Estados Unidos no habían dudado en apoyar el sangriento golpe de estado de Suharto (en varios meses alrededor de medio millón de personas perdieron la vida). Así se frenaba la expansión comunista en Asia, al tiempo que los norteamericanos obtenían el derecho de libre paso por los estrechos de Bombok y Ombal Wetyar para sus submarinos nucleares.

No es de extrañar pues que la anexión de Timor por parte de Indonesia, a pesar de no haber sido nunca reconocida por la ONU y de que el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó dos resoluciones sobre la retirada de las tropas indonesias y el derecho del pueblo de Timor oriental a la independencia, contase con el apoyo americano, japonés y australiano, único país que reconoció la anexión. Como explica en sus Memorias Daniel Patrick Moynihan, entonces embajador norteamericano ante la ONU, el departamento de Estado le había dado la instrucción de hacer «completamente ineficaz cualquier iniciativa que emprendiese».

La invasión se vio seguida de la huida de la población a las montañas, del inicio de la resistencia armada guerrillera y del genocidio sistemático de los timorese, especialmente intensificado a partir de 1978, gracias a las

armas enviadas por la administración Carter. La importancia de Indonesia como aliado en una región estratégica y el potencial como mercado de un país de más de 200 millones de habitantes (el canciller Kohl visitó Yakarta en 1993 para firmar acuerdos económicos por un montante superior al millardo de dólares, el Reino Unido y Francia no se quedaron atrás y Australia, en 1989, firmó un tratado con Indonesia para explotar el petróleo de Timor oriental) explican el continuado silencio de Occidente ante el genocidio realizado en la pequeña e insignificante isla de Timor.

Desgraciadamente, los países occidentales no se limitaron al silencio. El periódico inglés *The Observer* informaba recientemente que los *kopassus*, grupos especiales del Ejército indonesio que sembraron el terror en Timor, fueron entrenados secretamente en Estados Unidos mediante un programa aprobado por la Administración de William Clinton. El balance de más de 20 años de dominación indonesia es estremecedor: entre 200.000 y 300.000 muertos, según las fuentes, aproximadamente un tercio de la población, habría perdido la vida a causa de la invasión, proporcionalmente el mayor genocidio desde el holocausto judío.

Pero la suerte de este pequeño pueblo católico no hubiese cambiado de no ser por la desestabilización que se produjo en Indonesia a raíz de la crisis económico-financiera que sacudió el sudeste asiático el año pasado. Desbordado por la crisis, atrapado entre las medidas impopulares que el Fondo Monetario Internacional le imponía (sólo en 1999 Indonesia ha pedido al FMI 71.000 millones de dólares) y las protestas de los estudiantes, el presidente Suharto, tras treinta años en el poder, no tuvo más remedio que dimitir, sobre todo después de que Madeleine Albright le indicase que ése era el camino a seguir.

La llegada al poder de su sucesor, Yusuf Habibie, y el debilitamiento del régimen permitieron albergar ciertas esperanzas sobre el futuro del diezmado Timor oriental. Tras intensas negociaciones entre Indonesia, Portugal y la ONU, se acordó celebrar un referéndum en el que los timorese elegirían entre una amplia autonomía dentro de Indonesia o la independencia (aunque más bien habría que hablar de la retirada del país invasor). Parecía demasiado bonito para ser verdad y, de hecho, la actuación del poder indonesio en la isla no

sólo no varió, sino que se intensificaron las acciones de las milicias con la complicidad del ejército indonesio. Como muestra, los sucesos de Liquiça, acaecidos el pasado 6 de abril. Cerca de 1.200 personas se refugiaron en la parroquia de dicha localidad, a 30 km. de Dili, la capital, huyendo de las milicias proindonesias. La policía intervino, deteniendo a los sacerdotes y llevándoselos a comisaría. En su ausencia, la brigada móvil, fuerza de choque indonesia, desalojó la iglesia con gases lacrimógenos, dejando a la multitud a merced de los milicianos. Balance: 62 muertos, 40 heridos y 14 desaparecidos. Indonesia rechazó una investigación internacional. Los sucesos de Liquiça son una masacre más, casi rutinaria, de un largo rosario de acciones concertadas entre las fuerzas regulares y las milicias que han gozado de una total impunidad.

En estas condiciones no es de extrañar que los timorenes albergasen sentimientos de temor y escepticismo hacia el referéndum. Pero la ONU, haciendo gala de una irresponsabilidad más grave en cuanto que jugaba con vidas inocentes, convenció a los timorenes de que no debían temer por sus vidas, fuese cual fuese el resultado final; la ONU estaba allí para defenderles. La escalada de tensión e intimidación protagonizada por las milicias los días previos al referéndum no lograron amedrentar a la población, que en un porcentaje cercano al 80% rechazó permanecer dentro de Indonesia, optando por la independencia.

A partir del anuncio público del resultado, y ante la pasividad del mundo entero, se culminó un genocidio que se había iniciado 24 años atrás y que se cebó con especial intensidad sobre los sacerdotes, religiosos y religiosas, en definitiva, sobre la Iglesia peregrina y mártir. El Papa no tardó en denunciar los «graves actos de intimidación y violencia» y desde su residencia de Castel Gandolfo invitó «a orar conmigo por nuestros hermanos de Timor que han sufrido tanto».

Mientras, los desmanes de las milicias se multiplicaban, provocando la huida de millares de timorenes, que o bien se refugiaban en las iglesias o en la montaña, o bien eran deportados hacia la parte occidental de la isla o hacia otras regiones de Indonesia. Los asaltos a iglesias y conventos se generalizaban, incluyendo la residencia del salesiano monseñor Belo, administrador apostólico de Dili, quien escapó al asalto de los paramilitares y tuvo que huir tras la irrupción en su residencia de los milicianos, que antes habían disparado contra seis mil civiles refugiados en el patio del edificio y luego prendieron fuego a todo, asaltando al mismo tiempo la sede adyacente de la Cruz Roja. Finalmente, Monseñor Belo pudo llegar a Australia, mientras que en la segunda diócesis del país, Baucau, cien personas que se encontraban en una iglesia fueron masacradas y herido en el

brazo con un machete el obispo de Baucau, monseñor Basilio do Nascimento, cuando intentaba evitar que se disparase sobre la gente. Monseñor do Nascimento hubo de refugiarse, como tantos otros timorenes, en las montañas, al ser saqueada e incendiada la sede episcopal de Baucau, como antes lo fue la de Dili. En otra masacre, la que tuvo lugar en la parroquia de Suari, fueron asesinados el párroco jesuita, Tarsicius Dewanto, de 29 años, otros dos sacerdotes, los padres Hilario Madeira, de 45 años y el padre Francisco Tavares dos Reis, de 54, ambos diocesanos, y al menos un centenar de fieles refugiados en la iglesia.

Era, desgraciadamente, sólo el principio: el pasado 10 de septiembre se confirmaba que habían sido asesinados 15 sacerdotes, 11 religiosas y el director, el sacerdote Francisco Barreto, y 40 trabajadores de Cáritas. El padre jesuita Karl Albrecht, de 70 años, director del Servicio de los jesuitas para los refugiados en Timor, fue asesinado en el interior de su casa en la capital, Dili, con una ráfaga de ametralladora en el estómago. Las cifras son apabullantes si se tiene en cuenta que la Iglesia de Timor sólo cuenta con 44 sacerdotes diocesanos y 56 sacerdotes religiosos. En palabras de la agencia vaticana Fides, lo que sucedió en Timor sólo se puede definir como «un ataque sistemático contra la Iglesia».

Los testimonios llegados de Timor oriental superan en muchos casos lo imaginable; un consultor de la ONU español, Prudencio García, explicaba que «se elimina físicamente a los más significativos partidarios de la independencia y sus cabezas son exhibidas pinchadas en palos, en lugares públicos», otros hablaban de cómo eran embarcados timorenes en barcos militares indonesios y, una vez en alta mar, eran lanzados por la borda en zonas infestadas de tiburones (de este modo se borra cualquier prueba del asesinato). Entre los testimonios de las atrocidades, un australiano, Isa Bradridge, contó que su mujer había visto «millares de cuerpos» amontonados en una gran estancia en el puesto de la policía de Dili.

Las estimaciones sobre el número de víctimas hechas por las organizaciones humanitarias oscilan entre las 60.000 las 70.000 personas. La lista sería larga y penosa, valgan como resumen algunas frías cifras, detrás de las que se esconden miles de tragedias con un rostro concreto: en un país de 800.000 habitantes, más de 300.000 han sido deportados y en su mayoría hacinados en campos de internamiento en la parte indonesia de la isla, más de 200.000 huidos, refugiados en las montañas en condiciones dramáticas, decenas de miles de muertos a manos de las milicias y el Ejército, en lo que ahora ya se sabe que fue un plan preparado para devastar Timor y asesinar a sus élites, golpeando con especial saña sobre la Iglesia católica. Como afirmaba a

la agencia Zenit un misionero de Dili, «todos los incendios de iglesias y casas religiosas forman parte de un plan de destrucción total de los lugares de culto. El destino de las iglesias no es diverso del de la población».

Pero ¿quiénes han jugado un papel protagonista en este drama, quiénes son los responsables de tanta muerte y desolación? Habibie, el presidente indonesio, se ha visto desbordado por una espiral de violencia que era también un aviso sobre quién manda de veras en Indonesia. De hecho, la actitud del Ejército, dirigido por el general Wiranto, ha demostrado de forma palpable que el poder real está aún en sus manos. Un ejército que ha detentado el poder en Indonesia desde la independencia y que en los últimos años, ante la pérdida de otros apoyos, ha sido progresivamente islamizado (paradojas de la vida, el propio Habibie, que ahora sufre la presión de los sectores más islamistas, fue elemento clave en la estrategia de islamizar el régimen). Si el Ejército es un estado dentro del propio Estado, los militares de Timor son otro estado dentro de éste.

Bajo control del Ejército encontramos a las milicias proindonesias, brazo ejecutor del genocidio. Ya en abril de este año, el coronel Suratman, comandante militar de Timor oriental, anuncio que procedía a armar y entrenar a 50.000 civiles, que luego serían los causantes de abundantes desmanes y asesinatos. Los miembros de las milicias no son en su mayoría timorese orientales, muchos han sido traídos de otras islas; también se han valido los indonesios de viejas rencillas entre tribus y familias para conseguir que algunos timorese engrosen las filas de las milicias.

Por último, el papel jugado por Occidente deja en evidencia los intereses reales que movieron otras «intervenciones humanitarias». Nada más desencadenarse la catástrofe, Estados Unidos, a través de Sandy Berger, consejero diplomático de Clinton, declaró lo siguiente: «Que bombardeáramos Kosovo no quiere decir que vayamos a bombardear Dili». Si aún quedaba alguna duda acerca del carácter humanitario de la primera intervención, ésta se disipó a una velocidad vertiginosa. Por su parte, Australia, el vecino de Timor que, conociéndola, permitió la invasión de la isla y el posterior exterminio de su población, el único en reconocer oficialmente la anexión, el que se ha beneficiado de los acuerdos alcanzados con el gobierno Suharto para la explotación del petróleo de la zona, percatándose del cambio de poder que se avecina, tomó partido por los timorese que había ignorado desde hacía 24 años. Con su intervención como parte principal de la fuerza de paz de la ONU desplegada en Timor se ha asegurado la continuidad en la explotación comercial de los recursos de Timor. La ONU, por su parte, engañó y lanzó a un pueblo a la muerte sin poder o querer protegerlo; en el mejor de los casos esta-

mos ante un caso de gravísima irresponsabilidad. Sus fuerzas llegaron tarde, demasiado tarde, cuando la masacre ya había tenido lugar. Al igual que en Ruanda o en Somalia, la intervención de la ONU se realizó o tarde o mal, no resolviendo en ningún caso el problema al que se enfrentaban. Entre los países occidentales, prestos siempre a estipular ventajosos negocios con Indonesia y a sostenerla militar y financieramente, hay que reconocer una honrosa excepción, Portugal, que nunca ha aceptado la invasión y que rompió relaciones diplomáticas con Indonesia.

¿Qué motivaciones e intereses han causado este desbordamiento de muerte y desolación? Las causas, no podía ser de otro modo, son múltiples. En primer lugar las luchas por el poder en Yakarta, con el Ejército desafiando al presidente Habibie y dejándole claro quién manda en el país. De hecho, ya en los disturbios de mayo de 1998, los militares no intervinieron contra los estudiantes, abriendo la puerta a la salida pactada de Suharto, al tiempo que aprovechaban la confusión para golpear a la influyente minoría china. El escándalo financiero del Banco de Bali y las críticas a la política de Habibie en Timor se enmarcan en la lucha por el poder de un país sumido en la inestabilidad.

Por otra parte, existen importantes intereses económicos en la región, que cuenta con yacimientos de petróleo y gas, explotaciones de café y bosques de sándalo. Además, estos recursos son explotados por una élite, con fuerte implantación en el Ejército y en la Administración, que los considera como algo suyo (con especial presencia del clan Cendana, al que pertenece Suharto, que posee empresas e inmensos terrenos en la isla). Una de las grandes dificultades para resolver el conflicto de Timor ha sido durante estos años la implicación personal de los dirigentes de Yakarta en la integración forzosa de este territorio en Indonesia.

A su vez, el peligro de «balcanización» del archipiélago indonesio, donde Timor sería la primera ficha de dómينو en caer, no es desdeñable. El «síndrome de Yugoslavia» se cierne sobre Indonesia, que ve un peligro real para su integridad en el ejemplo timorés, que podrían seguir Irian Jaya, Aceh (con una activa guerrilla), Kalimantan, Riau o las Molucas, donde se han registrado violentos enfrentamientos entre católicos y musulmanes que ya se han cobrado 400 muertos.

Pero esto no explica la persecución que ha sufrido la Iglesia católica a manos de las milicias principalmente y ante la pasividad de un Ejército dominado por una facción militar islamista, conocida como «Los Verdes», que detenta el control desde tiempos de Suharto. Asia es quizás el continente donde mayor vitalidad tiene la Iglesia: Filipinas, Corea, Vietnam, la propia China, están asistiendo a una primavera en la que la gracia florece en el

hasta ahora continente más cerrado a la fe. Pero también es la región donde la persecución contra la Iglesia es más insistente, después del comunismo, es ahora el Islam quien más amenaza la vida de los cristianos, presentándose en este caso como sostenedor de la unidad nacional indonesia (en Indonesia el 83% de la población es musulmana). Entre los motivos para quemar y saquear las iglesias, conventos y seminarios, es evidente que se encuentra la voluntad de frenar la expansión católica en el sudeste asiático. Al mismo tiempo, en un país que ha visto como su población era diezmada, primero mediante operaciones militares, después recurriendo a la contracepción forzosa y a la esterilización, que ha asistido a la deportación de muchos de sus habitantes y a los asentamientos de población proveniente de otras islas indonesias, que ha visto como la escuela y la vida civil eran «indonesianizadas», no es de extrañar que la Iglesia católica se haya constituido en garante de la identidad timorese. Un misionero, el padre Galbiati, afirmaba que «desde los tiempos de la dominación portuguesa, la Iglesia católica ha sido el factor fundante del pensamiento, de la cultura, de la sociedad en Timor Este y por esto consideran hoy a la Iglesia como adversario político». Y es que Timor Este tiene una larga historia de catolicismo. Tras la llegada del navegante portugués

Vasco de Gama, pasó al control portugués y fue evangelizada por los dominicos. En los años cincuenta, la expulsión de muchos misioneros de las repúblicas socialistas del área asiática hizo disponible una inesperada abundancia de personal religioso en regiones menos hostiles como Timor Este. La presencia de los salesianos, jesuitas, canosianas, claretianos, dominicas, carmelitas y otras órdenes religiosas han afianzado en la fe a este pequeño pueblo.

Juan Pablo II, ante la magnitud de la tragedia, no ha podido callar su profunda amargura y ha definido la actual situación en Timor oriental como «la enésima derrota de todo sentido de humanidad». A su vez, el cardenal Sodano, en unas palabras que tienen mayor mérito por el hecho de provenir de un diplomático, subrayó que «la Santa Sede hará todo cuanto le es posible. Lo imposible lo hará Dios. Antes que nada hace falta rezar». En el convencimiento de que la sangre de los timorese muertos por la fe no quedará sin fruto, retomamos la invitación del Pontífice a «rezar a la Virgen Santísima, Reina de la Paz, por los muertos, por los heridos, por los prófugos, por quien llora y sufre. Ella, que en el día de su Natividad hemos invocado como aurora y esperanza de salvación, lo sea también para el querido pueblo timorés, que no cesa de esperar con confianza un futuro mejor».

CENTENARIO DE LA «ANNUM SACRUM»

«Dios es amor» (Jn 4,8) y el cristianismo es la religión del amor. Mientras otros sistemas de pensamiento y de acción quieren construir el mundo del hombre sobre el fundamento de la riqueza, del poder, de la ambición, sobre la ciencia o sobre el placer, la Iglesia anuncia el amor. Precisamente el Sacratísimo Corazón de Jesús es la imagen del amor infinito y misericordioso que el Padre celestial difundido en el mundo por medio de su Hijo, Jesucristo. La nueva evangelización tiene como fin conducir a los hombres al encuentro de este amor. Sólo el amor, revelado por el Corazón de Cristo, es capaz de transformar el corazón del hombre y abrirlo al mundo entero, para hacerlo más humano y más divino.

El Papa León XIII escribió hace ahora cien años que en el Corazón de Jesús «hay que

colocar toda esperanza. En Él hay que buscar, y de Él esperar la salvación de todos los hombres» (*Annum Sacrum*, 6). También yo os exhorto a renovar y desarrollar el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús. Acercad a esta «Fuente de vida y de santidad» las personas, las familias, las comunidades parroquiales, las ambientes para que puedan obtener de él «las inescrutables riquezas de Cristo» (Ef 3,8). Sólo «aquellos que están arraigados y fundados en la caridad» (Ef 3,17) saben enfrentarse a la civilización de la muerte y construir sobre las ruinas del odio, del desprecio y de la ambición, una civilización que tenga su fuente en el Corazón del Salvador.

De la homilía del Papa en la clausura del II Sínodo nacional enb Varsovia (11 de junio de 1999)



JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ — SANTI FERNÁNDEZ

ACTUALIDAD RELIGIOSA

El Jubileo del año 2000

Estamos a pocas semanas para que empiece el Año Jubilar: La noche de Navidad de 1999 se abrirá la puerta santa de la Basílica de San Pedro y se iniciará el Jubileo, tan esperado por los cristianos pero sobre todo por el papa Juan Pablo. Ya está programado el calendario de actos que tendrán lugar durante todo el año, calendario elaborado por el Comité Central para el Gran Jubileo del 2000, presidido por el cardenal Etchegaray. Este Comité creado en 1994 es el encargado de organizar y preparar los acontecimientos que tendrán lugar durante todo el Jubileo. Entre todos los actos destacan:

- Jubileos sectoriales: (entre otros)
- 2 enero: de los niños
- 2 febrero: de la vida consagrada
- 11 febrero: de los enfermos y agentes sanitarios
- 1 mayo: de los trabajadores
- 18 mayo: del clero
- 25 mayo: de los científicos
- 9 julio: en las cárceles
- 20 agosto: de la juventud
- 17 septiembre: de la tercera edad
- 15 octubre: de la familia

Se celebrarán diversas ceremonias en otros ritos católicos, por ejemplo, el 16 de diciembre se celebrará la Eucaristía en rito hispano-mozárabe.

Congresos, jornadas y encuentros: El más destacado es el Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará del 18 al 25 de junio. Del 15 al 20 de agosto tendrá lugar la XV Jornada Mundial de la Juventud, del 15 al 24 de septiembre el Congreso Mariano Internacional y los días 14 y 15 de octubre el III Encuentro mundial de las familias.

Otros actos programados: Además del congreso arriba citado, otros actos marianos serán: el 8 de octubre se confiará el nuevo milenio a la Protección de la Virgen y el día de la Inmaculada se cantará el *Akátistos* en la basílica de Santa María la Mayor.

Se han señalado algunas fechas para beatificaciones y canonizaciones. Además, está programado el encuentro con representantes de otras confesiones cristianas, encuentros ecuménicos, y encuentros con miembros de

otras religiones, encuentros interreligiosos.

Celebraciones de Sacramentos: el 6 de enero se ordenarán obispos, y el 14 de mayo a presbíteros. El 9 de enero se celebrarán bautizos y el 28 de abril, celebración comunitaria de la penitencia con confesión y absolución individual. El 11 de febrero Unción de enfermos y el 15 de octubre, matrimonio. EL 23 de abril, durante la Vigilia Pascual, se administrarán los sacramentos de la iniciación cristiana para adultos: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.

El calendario señala el 1 de enero de 2001 como el inicio del tercer milenio desde el nacimiento de Nuestro Señor.

Muchos millones son los peregrinos que Roma espera acoger durante el Jubileo. Se esperan unos 2 millones para la jornada Mundial de la Juventud. El himno del Jubileo, ya publicado, lo ha escrito la francesa Jacqueline F. Frié, y la música la ha compuesto el organista del santuario de Lourdes, Jean-Paul Lécot. Se dice que el Jubileo permitirá la creación de cien mil puestos de trabajo.

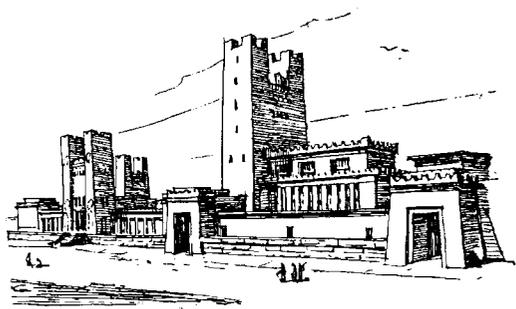
Otra fecha señalada será el 18 de mayo, en la que el Santo Padre celebrará su 80 cumpleaños.

El side en Internet es el siguiente: www.jubil2000.org. De momento, cuenta con 1500 páginas en diversos idiomas, y se prevé que llegará a 16000.

Una iniciativa que se ha puesto en marcha es la tarjeta del peregrino, que será de gran utilidad para los peregrinos para participar en los actos jubilares, sobretudo los que presida el Papa, aunque no será imprescindible para la asistencia, facilitará la participación del peregrino en los actos del Jubileo.

«Todo fiel puede lucrar para sí mismo o aplicar por los difuntos, a manera de sufragio, las indulgencias, tanto parciales como plenarias.» (CIC, can. 992-994).

Catecismo de la Iglesia católica,
núm. 1471



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

China: conatos de marcha atrás demográfica

Los veinte años de política de «hijo único» en China están provocando una serie de desequilibrios, cuando no de atrocidades, que han obligado al gobierno chino a revisar su política de control demográfico. Los abortos forzados en avanzado estado de gestación, la esterilización de madres, los asesinatos y abandonos de niñas recién nacidas y el tráfico de bebés son algunas de las consecuencias de una política que desprecia la dignidad del ser humano, regulando su procreación. De hecho, desde 1986, están autorizados a tener un segundo hijo las familias pertenecientes a ciertas minorías étnicas y las familias campesinas con un primer hijo con minusvalías. A los habitantes de las ciudades se les siguen imponiendo multas de tres años de los sueldos del padre y madre juntos y el despido inmediato.

La nueva ley que se está ultimando permitirá tener dos hijos a los matrimonios compuestos por dos personas sin hermanos, lo que significa una autorización casi general, dado que, en teoría, a partir del 2005 todos los chinos en edad de procrear serán hijos únicos. Así se intenta paliar la catastrófica situación demográfica hacia la que se dirige China, en la que en un futuro no muy lejano cada hijo único tendrá que mantener a su padre, a su madre y a sus cuatro abuelos. Es lo que conoce como el *síndrome 1, 2, 4*. La dimensión de los cambios que esperan al gigante asiático se intuye al comprobar que de los 80 millones de personas que superan los 60 años en la actualidad se pasará a 300 millones en el 2050, lo que significará 3 trabajadores por cada ciudadano pasivo, mientras que ahora la relación es de 10 a 1. Y si pasamos del ámbito cuantitativo a otro más psicológico, hay que resaltar la aparición de los «pequeños emperadores», hijos únicos mimados, con frecuencia obesos, desobedientes y con poca capacidad para soportar la menor contrariedad, en palabras de un psicólogo infantil de Pekín. En China se ha violentado uno de los ámbitos más sagrados del ser humano, los efectos negativos aún están por llegar y será difícil que se solucionen con una ligera flexibilización.

Corea del Norte: el comunismo sigue matando

Cuatro años de carestía han producido en Corea del Norte tres millones y medio de muertes y 300.000 personas se han expatriado ilegalmente en China para escapar del hambre. La hambruna persistente ha causado además que 62 de cada 100 niños menores de siete años no tengan un crecimiento normal. Al mismo tiempo, Corea del Norte continúa con su programa de producción de armamento nuclear y se reafirma en su política de culto al líder y represión salvaje de toda disidencia interna. El «Libro Negro del Comunismo» deberá de publicar un terrorífico anexo cuando finalmente caiga el régimen de Pyongyang.

Sudán: armas químicas contra los cristianos del sur

Según informó la revista «The Tablet» (28/8/99), el régimen islámico de Sudán está usando armas químicas en su lucha contra los cristianos y otros rebeldes en el sur del país, junto a la frontera con Kenia. Al mismo tiempo que se difundía este nuevo dato de uno de los conflictos más largos e ignorados de los últimos años, monseñor Joseph Gasi, obispo de Tombura-Yambio, hacía un angustioso llamamiento durante el transcurso de un Foro sobre el Sudán desarrollado en Milán: «Hablad de nosotros, hablad de Sudán, decid lo que sucede en nuestra tierra. ¿Por qué nos habéis olvidado?». En el Foro se ha puesto en evidencia que la que probablemente es la más dramática catástrofe humanitaria de estos últimos años, tras una guerra civil que dura treinta años — con dos millones de muertos, cuatro millones de desplazados internos y más de 400.000 refugiados— sigue en medio del silencio de los medios de comunicación y la injerencia económica de los gobiernos occidentales.

También al finalizar la última asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal de Sudán, que se ha desarrollado en agosto pasado en Nairobi (Kenia), los obispos denunciaron los bombardeos sistemáticos e indiscriminados, la

pobreza y los sufrimientos, las privaciones y las injusticias de las que es víctima sobre todo la población civil.

La dinastía saudí cumple cien años

Hace un siglo que los Saud iniciaron la forja de Arabia Saudí, administradora de los santos lugares de la Meca y Medina, arrebatándosela a los hachemíes, aliados de los británicos. El reino saudí, defensor del wahabismo, aplica estrictamente el Corán y la Sharia (ley islámica); el wahabismo no es más que una de los periódicos intentos de purificación y vuelta a los orígenes del Islam, con evidentes paralelismos con las corrientes puritanas. Este islamismo, que se traduce, por ejemplo, en la prohibición de celebrar misa en territorio saudí, y el apoyo económico a los más diversos grupos islamistas no ha sido óbice para que Arabia Saudí haya sido el fiel aliado sobre el que los Estados Unidos han basado su política en la región.

Guerra en Daguestán y Chechenia

Precisamente una de las regiones donde el wahabismo se ha extendido en los últimos años es el Cáucaso post-soviético. La primera guerra de Chechenia, entre 1994 y 1996, supuso la aparición de un islamismo wahabita en la zona, frecuentemente enfrentado al islamismo tradicional imperante en los países caucásicos. Las fuerzas rusas, reflejo de la desvertebración de su país, acabaron retirándose y aceptaron un tratado de paz en el que se posponía cinco años la cuestión del estatuto final de Chechenia. De hecho, desde aquel entonces, Chechenia ha sido una república independiente sumida en un auténtico caos provocado por las luchas interminables entre los diferentes señores de la guerra. La guerra de 1994-1996 se hizo en nombre de la independencia chechena, ideal que se ha ido sustituyendo por un vago panislamismo que debería llevar a un levantamiento de todo el Cáucaso del norte contra Rusia. De aquí la incursión de las tropas de Basayev, el «afgano» Hatab y otros en Daguestán, esperando alzar el país con salida al mar Caspio y recursos petrolíferos. Pero el fracaso de los wahabíes fue estrepitoso: los daguestanos, muchos de ellos encuadrados en cofradías sufíes, lucharon junto con los rusos en contra de los chechenos. De hecho, las relaciones de fraternidad entre estos pueblos montañoses se han deteriorado desde el año 1996. Si en aquella guerra los civiles chechenos se refugiaron acogiéndose a la hospitalidad de daguestanos, osetios e ingushes, ahora sólo les queda una salida, Ingushetia. Daguestán ve a los chechenos como traidores que no han guardado las le-

yes tribales, trayendo la guerra a casa de quienes les salvaron la vida. En este contexto, se desencadena en septiembre una ola de atentados en varias ciudades de Rusia, Moscú incluida, que se cobraron la vida de cerca de 300 personas. La reacción rusa ha sido iniciar una segunda guerra de Chechenia con el objetivo de eliminar los focos de terrorismo islámico. Una empresa arriesgada en una zona donde los rusos, desde los tiempos del zar, han tropezado en repetidas ocasiones. El hecho de que el terrorismo golpeará en pleno corazón de Rusia, la aparición de nuevos focos guerrilleros islámicos en Uzbekistán y Kirguizia, y el propio interés de Boris Yeltsin por distraer a la opinión pública y, quién sabe, usar la guerra para posponer las próximas elecciones, han determinado el inicio de una nueva e incierta guerra en la frontera entre el mundo ortodoxo y el islámico.

Gran Bretaña: aún existe discriminación contra los católicos

La polémica desatada por el compositor escocés James MacMillan al denunciar que en Escocia todavía existen muchos prejuicios contra los católicos parece que va a tener una repercusión legal. Uno de los partidos políticos escoceses, el Partido Nacional, ha presentado ante el parlamento de Escocia una petición en la que se solicita la abolición de los elementos anticatólicos del Acta de Sucesión, aprobada por el parlamento inglés en 1701. Aunque el contenido de esa ley no cae dentro de la jurisdicción del parlamento escocés los legisladores esperan que su propuesta llegue a ser escuchada por los políticos en Westminster. La supresión de la secular discriminación de los católicos en Gran Bretaña, que sólo empezó a suavizarse a lo largo de este siglo, aún tiene un largo camino que recorrer en esta, en teoría, «democracia tolerantes».

«No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo y no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el Reino de Cristo.»

Pío XI: *Ubi arcano*, núm. 22

CRISTIANDAD hace cincuenta años

JOSÉ M^a PETIT SULLÀ

María Asunción López Suñé, escritora del Corazón de Jesús

Por la revista que el lector tiene en sus manos habrá podido constatar la suavidad y profundidad de los artículos de nuestra entrañable María Asunción López Suñé, la primera, y en muchos sentidos excepcional, mujer colaboradora de CRISTIANDAD como escritora, con un estilo sumamente atrayente a la vez que muy cargado de contenido.

Esta sección no podía dejar de hacer presente en esta página algún destello de la obra de nues-

tra querida María Asunción. Dada la circunstancia del presente centenario de la consagración del mundo al Sagrado Corazón de Jesús realizada por el Papa León XIII, resulta congruente reproducir algunos breves fragmentos del artículo de María Asunción López sobre la monja que tuvo un papel decisivo en la realización de esta consagración, la hoy beata sor María del Divino Corazón, en el mundo condesa Droste zu Vischering.

María Droste zu Vischering

«La Natividad de la Virgen del año 1863 es día de gran fiesta en el castillo de Darfeld. A los condes Droste-Vischering les ha nacido el primer hijo varón. Se empiezan a recibir las enhorabuenas y, de pronto, queda desvaída la alegría porque a todos invade el temor de perder a la niña nacida al mismo tiempo. ¡Que débil es la condesita!, tanto, que se teme por su vida y hay que bautizarla inmediatamente. Por esto el mismo día de nacimiento recibe, con la gracia del Espíritu Santo y el impulso potencial para la virtud, el dulcísimo nombre de María.

(...)

La educación de la condesa María ha de terminarse en el convento de las religiosas del Sagrado Corazón del Tirol. Por entonces, como ha vivido siempre el clima de las revelaciones de Paray-Le-Monial, está preparada para recibir mas íntimas confidencias de Jesús. Como en un cristal translúcido, se ven en ella las influencias de la Iglesia Triunfante. Dócil se dejará penetrar de estas influencias, aunque la permeabilidad de su espíritu arruine la salud de su cuerpo. Desde el despertar de su vida sabe que Jesús y ella se habían comprendido. Su trato era de corazón a corazón. Ya hacía tiempo que Jesús había llamado a las puertas del suyo, «ábreme, esposa mía, paloma mía, quiero reposar en ti de las ingratitudes que me agobian», y allí se ha encontrado como en un deleitoso jardín. Ahora la llamada se hace más apremiante. Por primera vez oye el salmo que traduce en palabras el mandamiento de Dios respecto a ella: «¡Escucha, oh hija!, considera y presta atento oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre, que el Rey se ha enamorado de tu hermosura.»

(...)

El día del Sagrado Corazón, ante la imagen que tanto amaba desde niña, recibiendo también como entonces los efluvios de la Hostia Santa expuesta en la custodia, oye, con aquella voz sin palabras que había de serle tan familiar en lo sucesivo: «Serás la Esposa de mi Corazón.»

(...)

El 18 de enero de 1889, día de su toma de hábito, es de los más felices de su vida. ¡Qué hermosa está con su vestido de desposada, su largo velo y su ramo de mirto! Radiante de dicha canta con su voz potente y armoniosa el versículo en latín que ninguna novicia era capaz de cantar en aquel momento. Es el júbilo que fluye de su corazón. Ha encontrado «al que adora su alma», que la incorpora a su obra de redención.

Arde en su pecho el fuego del sacrificio. Presto será aceptada su ofrenda como víctima del amor, sin pensar en la recompensa. La cercarán las sombras de la incertidumbre y de la duda. Conocerá el desamparo de la soledad. Padecerá angustias y sequedades del alma. El atractivo de la vida contemplativa y la actividad que exige el cumplimiento de su vocación destrozarán su salud. Sufrirá su cuerpo torturas indecibles. El solo recuento de sus sufrimientos hará estremecer, pero sentirá continuamente junto a sí la presencia del Amado, que en arras de su desposorio le prepara por cámara nupcial una celda encalada y por tálamo la cruz.

Y, en realidad, el sello de la cruz es la credencial que la acredita como embajadora del cielo, para sugerir e impulsar a León XIII a verificar «el acto mas grandioso de su pontificado»: POR SU INICIATIVA CONSAGRA EL MUNDO AL CORAZÓN DE JESUS.